

MUESTRA

R. B. S. Candelas

La Teoría Variacional



Bilografía de Luna Ross

La Teoría Variacional

Bilología de Luna Ross - Libro II

R. B. S. Candelas

Ramón Candelas Pérez
La Teoría Variacional

No se permite la reproducción, distribución o transmisión total o parcial de este libro sin el previo permiso escrito del autor. Todos los derechos reservados.

Inscrito en el Registro de la Propiedad Intelectual. Nº 00/2011/2740.

© Ramón Candelas Pérez, 2011

© De esta edición, Ramón Candelas Pérez, 2014

© De la cubierta, Ramón Candelas Pérez, 2014

Ilustración de portada:

La Libertad guiando al pueblo.

Eugène Delacroix, 1930. Museo del Louvre.

Primera edición en libro electrónico, abril de 2014

ISBN: 978-84-616-9531-7 (epub)

Más información sobre el autor y su obra en www.rbscandelas.es.

Para derechos de traducción y edición en papel, contactar con el autor.

El autor dona parte de los ingresos obtenidos por la venta de este libro a diversas ONG con las que colabora habitualmente.

Gracias, lector, por tu contribución.

A los profesores que, más allá de cubrir el expediente, dedican su esfuerzo a forjar gentes de bien. A Adela, Alfonso, Koro, Mercedes, Miriam, Tino y Sagrario, los más cercanos.

Y a D. José María Sanz, el Físico, que allá por los años setenta rompió moldes en el instituto Azorín de Elda, fascinando a cuantos tuvimos el privilegio de ser sus alumnos. En su peculiar estilo está parcialmente inspirado el personaje de Roberto Dantés.

«Voy a presentar, sin la ayuda del Análisis, los principios y los resultados generales de la teoría de las probabilidades expuesta en esta obra, aplicándolos a las cuestiones más importantes de la vida, que no son, en su mayor parte, más que problemas de probabilidad».

Théorie analytique des probabilités.

Pierre-Simon de Laplace.

«Lo que no puede ser, no puede ser; y además, es imposible».

Sabiduría popular.

Atribuido a diversos personajes.

Prólogo

París, 27 de julio de 1830.

A solas en la oscuridad de su alcoba, Guy de Girardy y Lafontaine da vueltas en el camastro sin poder dormir. Forzado a retirarse temprano para poder afrontar la mañana siguiente con la mente serena y el cuerpo descansado, no es, sin embargo, la terrible perspectiva de un duelo al amanecer lo que le quita el sueño. Tampoco la fugaz promesa entrevista en la mirada de la bella Sophie. O quizá sí, pues todo ello ha contribuido, aunque él no pueda saberlo, a que la adrenalina corra mezclada en su torrente sanguíneo, alterando su percepción hasta el punto de que el caos en que se hallaban sumidos sus estudios comienza a ordenarse. A tomar forma.

Guy de Girardy trabaja en una memoria con la que pretende aspirar a una plaza de adjunto en la *Académie des sciences*. Discípulo de Adrien-Marie Legendre, esa leyenda viva de las matemáticas que ha sabido reconocer en sus trabajos una nada desdeñable capacidad para los números, el joven estudiante lleva varias semanas esforzándose por resolver un problema que su maestro le ha planteado sobre números aleatorios y probabilidad. Sin embargo, los resultados a los que llega no son los previstos. Es más, una y otra vez

alcanza conclusiones contradictorias que le hacen desesperar. Día y noche garabatea cuartillas sin cesar ante un ejemplar de la *Théorie analytique des probabilités*, la obra del gran científico de la Ilustración Pierre-Simon de Laplace, que el propio Legendre, ahora retirado en su residencia de Auteuil, le ha prestado como referencia y guía para esta empresa. Pero ni siquiera el texto de Laplace lo ayuda a vislumbrar la luz al final del túnel, lo que ha convertido a Guy en irascible y hace que lleve una mala temporada, salpicada de problemas y disputas con todos los que le rodean.

Para colmo de males, en estos días corren aires de revolución por la capital de Francia. Las últimas cosechas no han sido buenas, los precios de los alimentos se han disparado y el pueblo reclama una reducción de impuestos a su soberano. Pero Carlos X de Borbón no se atreve a enfrentarse a los terratenientes, por lo que mantiene atenazados y hambrientos a sus súbditos. Por doquier se suceden reuniones, conspiraciones y proclamas, y la prensa liberal ataca de forma incendiaria la política del monarca y sus ministros. Dos días atrás, en una desesperada maniobra para mantener el control, el Rey ha emitido cuatro ordenanzas con las que suspende la libertad de prensa, disuelve la Cámara de los Diputados y convoca nuevas elecciones, tras modificar en su favor el sistema electoral. Como consecuencia, el ambiente está tan caldeado que cualquier pequeña chispa basta para que, entre liberales y borbónicos, surjan disputas y peleas de carácter político.

O de cualquier otro, como le ha sucedido a Guy de Girardy con

un capitán de coraceros con el que ha mantenido unas palabras subidas de tono la tarde anterior. La causa, una jovencita llamada Sophie que sirve en el mesón adonde el estudiante acude mientras le alcanza la exigua paga mensual que recibe de su familia. Sophie no es la señorita noble y con buena dote que los Girardy desearían para su primogénito, pero su belleza y su inagotable simpatía elevan el espíritu de los parroquianos que ahogan sus penurias con vino espeso de las verdes colinas de la *Côte-d'Or*. Y Guy, prendado de la muchacha hasta los tuétanos, sufre en secreto con cada mirada descarada y con cada comentario importuno que aquellos le dirigen, y que ella acostumbra a reprender con un gracioso mohín.

La aciaga tarde de la víspera, Guy ha acudido al mesón para olvidar durante un rato sus tribulaciones matemáticas. Algo para lo que basta, en principio, la sonrisa de Sophie cuando le sirve un cuartillo de vino, única cena que puede permitirse a estas alturas del mes. Un estómago tan vacío como caliente por el alcohol, unos nervios a flor de piel por esas ecuaciones que se le resisten, y un gesto despectivo dirigido a un capitán de coraceros, que ha lanzado un requiebro poco galante a la moza, han bastado para atizar la exaltación que todo el mundo sufre estos días. Nada que tuviese por qué pasar a mayores, sobre todo tras la mediación del mesonero y de la agraviada —que de paso, con ciertos gestos solo perceptibles para un alma enamorada, le ha dado a entender a Guy que también ella lo aprecia—. Pero la presencia de los compañeros de armas del militar, incómodos testigos para su honor, lo ha obligado a exigir satisfacción

al joven impertinente que se ha atrevido a afearle en público sus modales.

Ha sido su amigo Bertrand Buhot, oportunamente llegado en medio de la disputa, quien ha tenido que arreglar las cuestiones formales con los padrinos del coracero: hora y lugar, espada o pistola, muerte o primera sangre... Lo típico en estos lances. Porque, por supuesto, no ha habido forma de que el estudiante se echase atrás. Él desciende de una arraigada, aunque venida a menos en estos tiempos de crisis, familia de gentilhombres de la Auvernia profunda, y no será el primer Girardy en echar una mácula sobre su apellido. Además, durante la discusión ha captado un destello de inquietud en la mirada de su amada, y eso le ha bastado para no renunciar a defender su honor. Sophie no ha tenido noticia del duelo, pues la cuestión se ha dirimido fuera, en la calle, pero Guy sabe que tarde o temprano se enterará de lo ocurrido. Es consciente de que ella desaprobaba lo que va a hacer, y de que le recriminará haberse batido —las mujeres no pueden entender estas cosas— si verdaderamente lo ama. Pero sabe también que, si se echa atrás, ella albergará un involuntario reproche a su cobardía en lo más profundo del corazón. Y él no será capaz de volver a mirarla a la cara.

Guy de Girardy suda entre las sábanas, pero no por el calor de la noche veraniega. Poco a poco, un razonamiento recurrente se abre paso en su confuso cerebro. Algo vago al principio —nada que el joven identifique todavía como una respuesta clara a sus hipótesis de

trabajo—, pero suficiente como para que sienta una punzada de ansiedad cuando intuye, más que comprende, que puede haber una vía por la que sus hasta ahora dispersos razonamientos acaben encajando entre sí. Guy se palpa la frente ardiente, y en sus sienes puede sentir el palpito de su corazón desbocado. De repente tiene un oscuro presagio: ¿y si solo dispusiese de aquella noche? ¿Y si el desenlace del duelo resultase fatal para él? O peor aún: ¿y si los cielos de su entendimiento volviesen a cerrarse y esa chispa de inspiración que le acelera el pulso desapareciese de nuevo entre los negros nubarrones en los que tantas semanas lleva sumido? No, el destino no puede ser tan injusto con él. Tiene que robarle una última oportunidad. Angustiado, se incorpora y busca a tientas una vela y los fósforos. No tiene miedo a la muerte, pero sí a que las ideas que han comenzado a rondarle se difuminen, se escabullan y se pierdan de nuevo en las tinieblas.

Hasta el papel escasea en la mesa del joven estudiante atenazado por las privaciones, pero una minucia tal no puede pararlo. Los márgenes de la *Théorie* de Laplace constituyen un improvisado cuaderno en el que se lanza a hacer frenéticas anotaciones. Todo parece arremolinar a un tiempo en su mente. A duras penas consigue imponer cierta disciplina a su mano, mucho más lenta que el pensamiento. Aprieta más y más las líneas. Ahorra espacio. Un acceso febril comienza a minarlo, pero Guy se arrebujá en su gastada manta y prosigue impertérrito, a pesar de los temblores y el escozor de ojos. Hasta que, de súbito, la luz se hace entre aquellas cadenas de

símbolos algebraicos, más potente y cegadora que el débil resplandor proyectado por la bujía sobre la mesa.

El alba lo sorprende olvidado del coracero, del duelo, de Sophie y de todo lo que no sean polinomios, variables aleatorias, distribuciones normales y demás herramientas puestas a su disposición por los más grandes matemáticos —desde Fermat hasta Gauss, pasando por Pascal, Euler o Laplace— de los últimos dos siglos. Unas herramientas que tan solo esperan a ser utilizadas por una mente privilegiada que sepa ver el todo más allá de las partes.

—¡Dios mío, Guy! Pero... ¿qué haces? ¡Si ni siquiera estás vestido!

Incrédulo, Bertrand Buhot observa a su amigo. Tras la puerta entreabierta de su buhardilla alquilada junto al mercado de los Inocentes, Guy de Girardy presenta un aspecto lamentable: pálido, ojeroso y sin afeitarse, tiritando bajo la manta con que cubre su camisa de dormir. Está claro que apenas ha pegado ojo y que se encuentra agotado. Mal asunto para enfrentarse en duelo a un experto tirador. Apenas falta una hora escasa para que amanezca, y Bertrand se da cuenta de que debe tomar las riendas de la situación si no quieren llegar tarde a su cita junto a la tapia del cementerio del Père-Lachaise. Pero Guy no parece afectado por la cuestión. Antes bien, preso de una euforia que le hace gesticular con sus manos manchadas de tinta, se lanza a una ininteligible disertación sobre eventos, azar,

probabilidad y simetría, mientras Bertrand pone agua a calentar para preparar una tisana que le rebaje la calentura.

—Tienes fiebre —dice—. En estas condiciones no podemos acudir...

—¡Tonterías! —se defiende el estudiante—. Estoy perfectamente. No será un poco de fiebre lo que me impida darle una lección a ese mamarracho.

—Ese *mamarracho*, como tú dices, es un veterano que se ha recorrido media Europa con el ejército de Napoleón. Por eso opté sin dudar por la pistola: no le habrías durado ni medio asalto con un sable en la mano.

—Bah, lo de Waterloo fue hace quince años. Tu veterano no es más que un vejestorio engreído y maleducado. Se arrepentirá de haberse atrevido a hablar así a Sophie.

Bertrand hace un gesto de resignación. Sabe que su amigo no dará su brazo a torcer, así que al menos tratará de ayudarle a que esté presentable. Ha traído un cantarillo de leche con el que prepara unas gachas de avena que le obliga a engullir. Luego lo ayuda a vestirse y a calzarse unas botas que sin duda han conocido tiempos mejores, pero que harán su papel en la hierba resbaladiza junto a la tapia del cementerio.

Antes de partir, Guy le tiende el volumen de la *Théorie analytique des probabilités*.

—Escucha —dice—: si algo fatal me sucede, hazlo llegar a monsieur Legendre, en Auteuil.

Bertrand trata de aparentar ánimo.

—No va a pasar nada, ya lo verás —replica—. Todo lo más, una leve rozadura de la que te recuperarás bajo los cuidados de la adorable Sophie...

Pero Guy no le hace caso. Sus ojos enrojecidos parecen refulgir en la penumbra del cuarto.

—¡Júralo, Bertrand! —exclama—. ¡Jura que lo harás llegar a Legendre! Es un hombre honesto, que se ha tomado muchas molestias por mí y sabrá lo que debe hacer. Este libro es mi legado y mi salvoconducto para la inmortalidad, ¿no lo entiendes?... Después de esta noche, ya nada podrá evitar que mi nombre sea recordado.

Bertrand asiente, aunque achaca las palabras de su amigo más a la fiebre que a otra cosa. Por fin, tras tomar un carruaje que los conduce a las afueras de la ciudad, ambos jóvenes consiguen llegar hasta la tapia del cementerio, donde tres hombres vestidos con el uniforme de paseo del segundo regimiento de coraceros los esperan impassibles. Cuando percibe el inseguro estado en que se encuentra su contrincante, el capitán agraviado envía a uno de sus padrinos a parlamentar.

—¿Acaso vuestro amigo no se encuentra bien? Si deseáis aplazar el asunto... —dice el militar a Bertrand.

Pero Guy de Girardy no está dispuesto a permitir ni una sombra de duda sobre su honor. Aun así, ha de hacer acopio de todas sus energías para quitarse la levita y quedar en mangas de camisa.

—Acabemos cuanto antes —contesta él mismo.

A pesar de lo temprano de la hora, ya se deja sentir lo que será otro día tórrido de verano. Los contendientes examinan las pistolas, ajenos a un cañonazo lejano que anuncia el comienzo de una revuelta heroica para el pueblo de París; la que acabará con la monarquía de Carlos X y derramará el espíritu revolucionario sobre la vieja Europa.

Con la fatiga de la noche pasada en blanco, las fuerzas mermadas por la fiebre y la luz de la bujía todavía grabada a fuego en sus retinas, no es hasta que sujeta la empuñadura de nogal vetado y vistosas guardas labradas en plata cuando Guy se da cuenta de que apenas tiene fuerzas para alzar el arma y sostenerla firme. Los duelistas se colocan en posición, uno a espaldas del otro. El desafío es a primera sangre, suficiente para lavar la honra del ofendido. Una furtiva señal de la cruz, veinte pasos hacia adelante y media vuelta hasta quedar con el cuerpo ligeramente ladeado, lo suficiente como para disminuir el blanco pero no tanto como para aparentar temor. Luego, tras una interminable fracción de segundo, levantar la pistola a la voz del maestro de ceremonias y apuntar cuidadosamente. Un ritual que la tapia del Père-Lachaise ha contemplado demasiados amaneceres. Hay que tener la mente concentrada y la sangre fría para no precipitarse; pero Guy de Girardy, la mirada turbia y el pulso alterado por la fiebre, no reúne hoy ninguna de esas condiciones.

Estoico, el capitán aguanta su disparo, que ni siquiera le roza. Como veterano de unas guerras en las que todavía el honor

significaba algo, aprecia el valor del joven que, pese a su lamentable estado, no ha vacilado en hacer frente a su deuda. Luego, impasible, apunta al hombro de su rival, donde tratará de herirle lo más levemente posible para poner fuera de duda su honra y punto final al lance. A fin de cuentas, no hay ninguna necesidad de matar a un valiente. Pero hoy los hados no están con Guy de Girardy. Un nuevo cañonazo, esta vez más cercano, hace estremecer al soldado en el preciso instante en que su índice aprieta el gatillo. Apenas nada, aunque suficiente para que la bala se desvíe unos centímetros de lo calculado y secciona la aorta del infortunado estudiante.

Al verlo caer hacia atrás sobre la hierba reseca, Bertrand Buhot se planta de un salto junto a su amigo. En vano trata de taponarle la herida con un pañuelo mientras pide auxilio. El coracero contempla incrédulo la escena, sin acabar de entender lo ocurrido. Mientras, sus dos compañeros corren apresurados en busca de un cirujano que vive a pocos pasos de allí, y en cuyas manos suelen acabar muchas de las disputas que se resuelven junto a los muros cubiertos de hiedra del cementerio.

Guy agarra con fuerza el brazo de Bertrand. No quiere, no puede morir sin hacerle saber a Sophie cuánto la ama; pero son otras las palabras que salen por su boca.

—El libro... Legendre... No lo olvides...

Luego, aunque el dolor en el pecho le resulta insoportable, todavía consigue hacer un esfuerzo supremo.

—Dile a Sophie... Dile que...

Pero su aliento se corta y las palabras mueren en su boca. Su amigo hace un gesto para darle a entender que ha comprendido, a lo que corresponde con una sonrisa marcada por la agonía. Guy de Girardy y Lafontaine, el modesto aspirante a adjunto de la *Académie des sciences* que, con solo veintidós años, acaba de desarrollar una de las más extraordinarias teorías de la historia de las matemáticas, sabe que puede morir sin miedo, pues tiene un puesto reservado entre los grandes.

* * *

Hijo de un acaudalado comerciante que le proporciona una generosa renta con la que trata de abrirse camino en la poesía y el teatro, Bertrand Buhot lleva una vida despreocupada, ajeno a la difícil situación económica y social que atraviesa el país. Aun así, habrá de pasar día y medio hasta que sea capaz de regresar a la buhardilla de su malogrado amigo; treinta y seis largas horas en las que los acontecimientos se van a precipitar en la capital de Francia. Durante todo ese tiempo, el joven deambula de forma automática e irreflexiva por las calles de la ciudad, cruzándose con grupos de encolerizados ciudadanos que se manifiestan contra las ordenanzas. Desorientado, sin saber bien qué partido tomar, unas veces los sortea y otras se une a ellos para lanzar imprecaciones contra Carlos de Borbón y su primer ministro Polignac; más por dar rienda suelta a su angustia que por una verdadera convicción de que la *Charte* de 1814

esté amenazada.

El alba del veintiocho de julio —durante la noche se han creado comités revolucionarios y el pueblo se ha organizado— ve convertirse las algaradas y motines aislados del día anterior en una revuelta en toda regla: árboles derribados, adoquines arrancados, carretas volcadas..., todo sirve para levantar barricadas en las calles estratégicas. La gente se ha armado con lo que ha podido, y los batallones del duque de Raguse, enviado por el soberano para mantener el orden, apenas pueden contener su empuje. Macetas, cachivaches, enseres..., cualquier cosa es buena para arrojar a la tropa desde los balcones. Basta que la infantería despeje una calle para que los parisienses monten otra barricada en la siguiente. Y las primeras deserciones entre la tropa comienzan a producirse; primero casos aislados, luego pelotones enteros que confraternizan con el pueblo. Al final de la jornada, las banderas tricolores ondean por doquier, y el duque tiene que replegarse para concentrar sus tropas alrededor del Louvre y de las Tullerías.

Quando la noche impone una engañosa tregua al eco de los fusiles y los gritos revolucionarios, Bertrand llega por fin a la buhardilla de los Inocentes. Aunque se encuentra agotado, no ha querido dilatar por más tiempo la última voluntad de su amigo. Además de ocuparse de la *Théorie*, quiere recoger sus cosas para enviarlas a la familia, a la que escribirá una carta. Sobre la mesa de trabajo, tal como Guy la dejara, se encuentra la obra de Pierre-Simon de Laplace que el joven estudiante de matemáticas ha convertido en

su legado. Bertrand hojea con atención y curiosidad el volumen, en el que llama su atención la abigarrada escritura que cubre los márgenes sin solución de continuidad. Renglones y renglones de una, para él, ininteligible jerga matemática cuajada de fórmulas y expresiones cuasi jeroglíficas, salpicadas aquí y allá por tachones y borrones de tinta que revelan el nerviosismo de su autor. Quizás, quién sabe, a causa de una premonitoria certeza de que el tiempo se le agotaba.

Bertrand termina de rellenar el baúl de su amigo, que enviará a recoger tan pronto se restablezca el orden en la ciudad. Luego, exhausto, siente la imperiosa necesidad de cerrar los ojos un rato, antes de emprender la vuelta a su propia casa. Toma asiento en una silla y apoya la cabeza entre sus brazos, sobre la mesa, pues la sola idea de echarse en el camastro del difunto le produce desasosiego. Antes de caer en un profundo sueño, Bertrand Buhot todavía tiene tiempo de recordar la brutal impresión que le ha producido, esa misma tarde, lo ocurrido durante una sangrienta pelea en las inmediaciones de *Notre Dame* en la que él mismo se ha visto envuelto. Ha sido en un momento de debilidad, cuando muchos de los ciudadanos que se batían, dudando de sus fuerzas y su valor, han comenzado a ceder ante el empuje de la Guardia Real. Entonces una muchacha de bellas facciones y piel sonrosada, con las ropas hechas jirones y el pecho medio descubierto, ha enarbolado una bandera tricolor y se ha lanzado por encima de la barricada sobre los soldados, al tiempo que arengaba a sus compañeros. Una muestra de heroísmo a la que el pueblo, como un solo hombre, ha respondido

con una avalancha ante la que los militares nada han podido hacer. Enardecido, Bertrand también ha seguido a la joven hasta ver cómo caía unos metros más allá, atravesada por las balas realistas. ¡Ah, si pudiera describir la escena a su amigo Eugène, el pintor, para que la inmortalizase en uno de sus soberbios lienzos...!

Libro primero
Deepwater Frontier

París, enero de 1943.

Bella, culta, elegante, divertida, mundana... Hans Graf no puede negar que está enamorado de la capital del Sena. Y eso a pesar de que la otrora orgullosa ciudad no pasa por sus mejores días. Son treinta meses ya de ocupación alemana. Treinta meses de escasez, racionamiento, penurias y miedo; sobre todo, miedo. Los parisinos tienen miedo a las delaciones arbitrarias de los colaboracionistas, a las continuas redadas de la Gestapo, a la tortura en los calabozos de Fresnes, Cherche-Midi o La Santé, a la deportación a remotos campos de trabajo, a las ejecuciones en la fortaleza de Mont Valérien. Miedo, en fin, a que la guerra se perpetúe sine díe. O peor aún, a que se llegue a un armisticio entre Hitler y los aliados, y la rutina de la Francia ocupada se convierta en el *modus vivendi* definitivo.

Todo esto, naturalmente, no afecta lo más mínimo al joven alemán, que solamente tiene ojos para el lado amable y despreocupado de la ciudad: las terrazas de los bulevares, siempre llenas de gente sin prisa; las orillas del río, donde las parejas de enamorados aún se roban besos furtivos; o los estanques de los parques, en cuyas aguas juegan los niños, bajo la atenta mirada de

sus madres, con cualquier cosa que flote. Todo ello, claro está, cuando la caricia del tibio sol invernal lo permite. Cuando no, tampoco faltan las diversiones para un joven de veintisiete años con el bolsillo bien repleto de francos: teatros, cines, cabarets, conciertos... Y es que, en París, tan fácil resulta deleitarse en un *music-hall* con la voz sensual de Edith Piaf como enfervorizarse en las Tullerías al son de las marchas que interpretan las bandas de la *Wermacht*.

Porque si de fervor patriótico es de lo que se habla, Hans Graf es el primero en enorgullecerse de que por sus venas fluyan puros la sangre aria y el espíritu nacionalsocialista. Para él, las banderas del Tercer Reich que ondean en las fachadas son un símbolo de la normalidad que ahora reina en un país en el que comunistas y judíos se movían antes impunemente; las esvásticas que adornan las farolas de las grandes avenidas representan el firme régimen que el *Führer* ha sabido imponer, allá donde la flaca y débil democracia republicana no hubiera sido nunca capaz de subsistir; y los carteles que anuncian ejecuciones sumarias de miembros de la Resistencia y de otros traidores al legítimo gobierno de Vichy no son más que un mal necesario. Desagradable, pero necesario.

Sí. Hans Christopher Graf es un digno descendiente de los Graf-Heilbronn, una estirpe que desde generaciones remotas ha sabido mantener la limpieza de sangre. Sus facciones condensan a la perfección el firme carácter paterno y la serena belleza materna. No hay más que ver su rostro anguloso de piel pálida y ojos claros, sobre

los que cae distraído un flequillo de pelo lacio muy rubio, para darse cuenta de que él pertenece a una casta superior, forjada en un proceso milenario de selección natural. Nada que no sepa cualquiera que se haya tomado la molestia de leer a Darwin. Pero la raza aria corre, en este siglo lleno de claroscuros, un serio peligro de perder su natural condición de predominio por culpa de la laxitud con que, desde hace décadas, una mediocre sociedad germana se viene dejando contaminar por la mezcla de sangres. Una mezcla que corrompe sus genes creando seres inferiores, más proclives al vicio, a la delincuencia y a la enfermedad, como los últimos avances en medicina han demostrado concluyentemente.

Y encima, a la perversión moral que todo ello supone, la nefasta democracia añade sus peregrinas y peligrosas tesis sobre la igualdad de los seres humanos. Lo que faltaba para que cualquier pueblo advenedizo pueda reclamar —y obtenga— los mismos derechos que los legítimos herederos del *Cantar de los nibelungos*. Así le lució a la nación alemana, que llegó a permitir que la banca, la industria y el comercio cayesen en manos de esa raza servil, avariciosa y corrupta que son los judíos. Incluso la mismísima Universidad, cuna de la sabiduría y la razón, estuvo plagada de hijos de Abraham que pretendían manipular a su antojo la ciencia, la cultura y el arte. Pues bien, gracias a Adolf Hitler todo eso ya es historia. Sus leyes contra los judíos los han despojado de derechos, y sus posesiones han sido devueltas a los verdaderos alemanes, a quienes las arrebataran con hipocresía, malas artes y usura.

Pero el *Führer* no solo ha devuelto la dignidad a Alemania liberándola del judaísmo. Ha ido mucho más lejos, como se esperaba de él, implantando un verdadero programa de regeneración de la raza. Ello exige un esfuerzo titánico: hay que romper con desfasados prejuicios y exigir al estado que obre de forma implacable, anteponiendo el interés patrio al libre albedrío del individuo. De ahí que —y esto lo sabe Hans por su padre, un destacado jerarca del Partido Nazi en Friburgo, su ciudad natal— los niños con taras físicas o mentales, al igual que los enfermos incurables y los locos, hayan sido sacrificados en los hospitales. Para que la sociedad no tenga que soportar tan gravosa carga y pueda destinar más recursos a engrandecer el Imperio. Y por lo mismo, los gitanos que los ciudadanos no quieren cerca de sus casas, los comunistas que pregonan la ridícula dictadura del proletariado, los jóvenes que se niegan a abrazar el ideario nacionalsocialista..., todos ellos han sido detenidos, marcados y enviados a campos de trabajo para que puedan resultar útiles al bien común si su capacidad física lo permite, ya que no la intelectual. La misma receta que se ha aplicado sin miramientos a menores incorregibles, parados vocacionales, alcohólicos, homosexuales y vagabundos. La escoria de la sociedad, en definitiva, a la que seguirán todos los desheredados de una Europa en la que, dentro de quinientos años, los arios habrán purificado hasta el último de sus genes; y donde el resto de las razas se darán por satisfechas con tal de que se les permita servir y rendir pleitesía al nuevo referente del orden mundial: el *Großdeutsches Reich*.

He ahí todo lo que constituye el credo de Hans Graf, bien interiorizado desde su paso por las Juventudes Hitlerianas. Sin embargo, a pesar de tan sólidas convicciones morales, él nunca se dejó arrastrar por el fanatismo de los descerebrados quemadores de libros, ni se sintió identificado con los violentos perros de presa que vagaban por las calles en busca de judíos, maricones o tarados que apalear. No, Hans es muy diferente de la mayoría de sus antiguos camaradas. Él tiene una mente privilegiada, un coeficiente intelectual de 178 y un ansia infinita de saber. Por eso no es de extrañar que, a diferencia de sus correligionarios, que corrieron a alistarse en la *Wehrmacht* o en la *Schutzstaffel* al alcanzar la mayoría de edad, Hans ingresara en la Universidad de Friburgo, donde cursó una brillante carrera de Matemáticas y obtuvo, con veintitrés años, su licenciatura. La guerra malogró sus planes de doctorarse y conseguir una plaza académica, pero al menos se libró de ser movilizad, pues los nazis se cuidan muy bien de que sus preciados ingenieros y científicos acaben como carne de cañón. En lugar de ello, fue requerido para poner su talento al servicio del Departamento de Construcción Naval del *Oberkommando der Marine* —el Alto Mando de la Armada, más conocido por OKM—, donde un nutrido grupo de bien escogidos cerebros se ocupa de proyectar los nuevos modelos de sumergibles para la *U-Bootswaffe*, la flota submarina con la que Karl Dönitz, su comandante en jefe, planea doblegar a la presuntuosa Inglaterra.

—*Souriez vous... Et voilà!*

El circunspecto camarero del *Moulin Rouge* hace una inclinación de cabeza y devuelve la *Leica* al joven extranjero que, entre humo de cigarrillos y copas de champaña, le ha pedido una fotografía de su grupo. Una estampa nada infrecuente en el París ocupado: tres bellas jóvenes francesas de largas piernas y ondulada cabellera, con generosas dosis de rímel y lápiz de labios que compensan lo gastado de sus trajes de chaqueta; y tres apuestos alemanes, dos de ellos trajeados con impecables uniformes de la *Luftwaffe*, y el tercero, con un elegante terno de espiguilla gris. El mecanismo de la reunión es simple, y las reglas tácitamente aceptadas: la diversión está asegurada a expensas de los forasteros; luego, ellas volverán a casa con algunos regalos —simples fruslerías como mantequilla, mermelada, chocolate o café— con los que paliar la necesidad de los suyos, no sin que ellos les hayan arrebatado antes un cálido beso y la promesa de volver a verse. Incluso es posible que, con un poco de suerte, alguno no duerma solo esa noche. Una terapia más que recomendable para cualquier espíritu atormentado tras cuatro inviernos de confrontación. Las demás consideraciones no cuentan mucho; al fin y al cabo, la guerra es cruel, los permisos, cortos, y el mañana, a juzgar por cómo marchan las cosas en los innumerables frentes que el Eje no consigue cerrar, cada vez importa menos.

Harald Hartmann y Werner Grosse son amigos de Hans Graf desde la infancia. Ambos se alistaron en la *Jagdwaffe*, el arma de caza de la *Luftwaffe*, al alcanzar la edad reglamentaria, y ambos

recibieron su bautismo de fuego en el verano del 38, como voluntarios de la Legión Cóndor en los cielos de la Península Ibérica. Aunque solo participaron en ataques a los destacamentos republicanos que habían osado atravesar el Ebro y establecer cabezas de puente en la ribera meridional, aquel adiestramiento en combate les permitió lucir sendas Cruces de España en sus pecheras y pilotar sus *Messerschmitt Bf109* con una pericia letal. Luego llegaron los tiempos gloriosos de la Batalla de Inglaterra, en la que sumaron, mientras escoltaban a los mortíferos bombarderos en sus incursiones sobre Londres, hasta nueve victorias entre los dos. Nueve cazas de la RAF, abatidos sobre las frías aguas del canal de la Mancha para mayor gloria de Hermann Göring y sus laureados pilotos.

Ahora ya no es lo mismo. Desde 1941 se encuentran en el Báltico, adonde fue destinada su escuadrilla cuando Hitler se desentendió de los planes para invadir Gran Bretaña y lanzó la Operación Barbarroja contra la Unión Soviética. Tantos meses de lucha lejos de las familias, de los amigos y de las comodidades de la patria acaban por minar la moral del más entusiasta. Y lo más grave del asunto, con el sitio de Leningrado estancado ya dieciséis meses, es que no se atisba el final. Claro, que peor lo llevan los rusos: la población y las tropas cercadas sufren una hambruna atroz, y los cazas soviéticos tratan a la desesperada, una y otra vez, de hostigar a los sitiadores. Para Harald Hartmann y Werner Grosse, cuya misión es neutralizarlos, cada vez que se acomodan en las estrechas cabinas de sus aparatos puede ser la última. No es que eso sea una novedad

para un piloto de caza, pero ya no queda gran cosa de la épica de antaño; solo la rutina y el hastío. Y la frágil esperanza, si no de sobrevivir, de una muerte rápida en los cielos.

Por eso un par de semanas de permiso, en un momento en que sus aparatos van a ser sometidos a reparaciones mayores, resultan un premio muy especial para ambos aviadores; más incluso que las Cruces de Hierro de primera clase que han ido aparejadas. Una recompensa que les ha permitido reunirse con Hans, recién llegado de una misión científica en España, para cumplir un común anhelo de juventud: visitar juntos París.

—Hans, eh, Hans —Harald Hartmann hace oír su vozarrón por encima del ruido en la sala—... ¿En qué piensas, hombre? Tu chica se está aburriendo, ¡ja, ja...!

—Es que se acuerda de la amiga que dejó en Friburgo. ¿No es cierto, Hans? —ríe Werner Grosse mientras hace una carantoña a la francesita pelirroja que se sienta a su lado—. Estos intelectuales son unos románticos, ¿verdad, Mimí?

La chica no entiende nada de la verborrea germánica de los aviadores, pero acerca su copa a los labios y sonrío complaciente. Salvo por los periódicos esfuerzos de aquellos para chapurrear un escaso francés, el nivel de comunicación entre ambas partes se limita al lenguaje universal entre los dos sexos: guiños, sonrisas, gestos cómplices y algún que otro disimulado contacto por debajo de la mesa.

Con Hans Graf es diferente. Nacido junto a la extinta frontera con los territorios anexionados de Francia, domina el francés a la perfección, exhibe un más que aceptable inglés y se defiende con el español, habilidad esta última fruto de la temporada que acaba de pasar al sur de los Pirineos.

—Hans es un científico brillante —intenta explicar Harald a la rubia oxigenada que por situación le corresponde, mientras aprovecha para posar una mano sobre su rodilla como quien no quiere la cosa—. Su trabajo es muy importante para la *Kriegsmarine*, por eso no tiene que jugarse el pellejo en el frente...

La chica no parece molestarse por la casual maniobra; antes al contrario, sonrío benévola, pues resulta obvio que el oficial dispone de una billetera repleta de francos y de pocos días para gastarlos. Por su parte, a Hans no le ha hecho gracia la indiscreción de su amigo, que debería ser más cuidadoso con lo que dice sobre sus actividades.

—Harald... —comienza a recriminarle, molesto.

—Vamos, hombre, no te preocupes —se desentiende el aviador—. Estas gatitas no entienden ni jota. *N'est pas, chérie? Est'ce que vous comprenez moi?*

Las tres chicas se miran entre sí y niegan al unísono, mostrando sus bellas sonrisas color bermellón. De repente la *pareja* de Hans lanza un gritito y señala hacia el escenario, donde acaba de hacer entrada un muchacho bien parecido de apenas veinte años, casi un chaval. Todas se vuelven y aplauden con ganas, como la mayoría de las damas presentes en la sala.

—¿Qué ocurre? —pregunta Werner sorprendido—... ¿Quién es ese tipo?

Hans se encoge de hombros, como si la cosa no fuera con ellos.

—Un tal Charles Aznavour. Al parecer tiene una voz que fascina a las mujeres.

Mientras las chicas escuchan embelesadas al artista que tiene revolucionada la noche parisién, los tres amigos se desentienden del espectáculo y continúan con su conversación en voz baja.

—Ay, Hans, Hans —entona Werner simulando una paciencia infinita—... Vamos, cuéntenos la verdad. Primero Barcelona, luego Madrid, ahora París... ¿Qué viene después? No querrás hacernos creer que el OKM obsequia con vacaciones a sus mejores hombres en estos momentos tan críticos.

—Eso —insiste Harald—, ¿qué se le ha perdido en España al contralmirante Dönitz? Porque sigues trabajando para él, ¿no es cierto?

—¿A qué vienen tantas preguntas, muchachos? Sabéis que no puedo contaros nada, y mucho menos en este lugar.

—¡Vamos, Hans! —se exaspera Harald—... ¿Qué te ocurre? Somos nosotros, tus amigos.

—Está bien, está bien —concede Werner, para luego continuar en voz baja, inclinado sobre la mesa—. No nos digas nada, pero déjame adivinarlo. ¿Se trata del *Elektroboote*, quizás?

Hans Graf frunce el ceño y mira a su alrededor con recelo. Tal como sospechan sus amigos, él no está de visita en París por mera

diversión. Como miembro de un grupo de estudios avanzados recién creado en su departamento, se ocupa de aplicar sus conocimientos científicos al desarrollo de nuevos algoritmos para el diseño de submarinos. Un tipo de barco este con numerosos problemas específicos, en cuya resolución Hans ha hecho relevantes progresos gracias a su habilidad con las técnicas numéricas. Algo imprescindible para la superación de los actuales modelos.

Porque los *Unterseeboote* actuales no son, en realidad, más que meros sumergibles: barcos concebidos para la navegación y el ataque en superficie, donde son rápidos y letales. O lo han sido, mejor dicho, hasta que el empleo masivo de la aviación y el desarrollo de modernas técnicas de detección por parte de los aliados los han convertido en blancos fáciles, cuya única defensa es la inmersión. Pero un *U-Boot* sumergido es un buque torpe y lento, incapaz de localizar, perseguir y atacar una presa que se desplace a velocidad de crucero. Bajo el agua, navegando con baterías y motores eléctricos, el sumergible apenas puede mantener tres o cuatro nudos de velocidad sostenida, algo insuficiente para escapar de un ataque con cargas de profundidad una vez que el enemigo lo ha localizado con sus radares. Como consecuencia, el arma submarina ha perdido más de ciento cincuenta barcos y siete mil quinientos tripulantes desde el inicio de las hostilidades; una sangría que el Reich no puede permitirse de forma indefinida, pues no resulta fácil reponer oficiales y dotaciones. Y ahora que los americanos han puesto toda la carne en el asador y protegen fuertemente sus convoyes con destructores y

aviones de largo alcance, las cosas no pueden ir más que a peor.

Lo que la *Kriegsmarine* necesita es un verdadero buque submarino, y ese es el *Elektroboote* Tipo XXI, un proyecto que ya está en los tableros de dibujo. Solo con que Hitler chasquease sus dedos, al día siguiente podría comenzar la fabricación en serie del arma más devastadora que ha surcado los mares. Sin embargo, Hans hubiera preferido que el secreto estuviese mejor guardado.

Las chicas continúan absortas en el escenario y la música suena alta. El joven baja aún más la voz.

—¿Qué sabéis vosotros del *Elektroboote*? —pregunta, desconfiado.

Satisfecho, Werner Grosse se repantiga en su silla; por la cara que ha puesto su amigo, no hay duda de que ha dado en el clavo.

—Vaya, así que es cierto lo que cuentan...

Rubén Monzón estudió con aire preocupado la empinada ladera que se extendía a sus pies; un terso manto de virginal blancura que en breve tendrían que surcar. Había mucha, muchísima nieve acumulada en aquella zona, fruto de los intensos temporales de las últimas semanas. No era normal tanta cantidad a aquellas alturas de la primavera, pero... ¿qué podía considerarse normal, hoy en día, en cuestión de meteorología?

A su alrededor, una espectacular panorámica de trescientos sesenta grados revelaba al Pirineo central en todo su esplendor. Un océano de nieve salpicado aquí y allá por negros peñascos y verticales agujas de intimidatorio aspecto, como bancos de arrecifes que aguardasen traicioneros al incauto navegante de la montaña. El sol se mostraba ya franco sobre un cielo azul profundo en el que flotaban, poderosos, gigantescos cúmulos de gran belleza. Media hora antes, el amanecer había comenzado tiñendo de pálidos tonos rosados las cumbres más elevadas, hacia poniente. Luego todo el horizonte se había incendiado, los suaves tintes apastelados tornándose durante breves instantes en intensos reflejos de ámbar y oro hasta ceder al brutal estallido de luz que, en la inmensidad de la alta montaña, convierte la salida del sol en un espectáculo sobrecogedor. Algo que solo unos pocos mortales, aquellos capaces

de reunir el coraje necesario para emprender a las cuatro de la madrugada una penosa ascensión, merecen recordar mientras vivan.

Rubén y su compañera de aventura habían hecho cumbre con la primera claridad del día, tras una fatigosa marcha nocturna desde el refugio. Primero con las pieles de foca, abriendo huella en la interminable ladera de nieve virgen. Luego, cuando la pendiente se hizo demasiado pronunciada, se echaron los esquís a la espalda y prosiguieron a base de crampones y piolets. Nada a lo que el veterano guía de montaña no estuviese acostumbrado, si no fuera por el pesado equipo que cargaban a cuestas entre ambos. Un par de veces había tenido la impresión de que ella flojeaba, pero qué va; era tan solo que se tomaba un breve respiro para volver a acometer la ascensión con más determinación si cabe; con una energía que parecía impropia de un cuerpo tan menudo. Finalmente la roca helada, inhóspita, desnuda hasta la cima; un duro colofón en el que, en algunos tramos, habían tenido que izar con cuerdas las recargadas mochilas para evitar que los desequilibrasen en la escalada.

Rubén no podía evitar sentir admiración por aquella mujer que, ajena al cansancio y al frío de la amanecida, no había dejado de afanarse en su trabajo ni siquiera un instante. Una vez en la cumbre, ante todo había instalado los trípodes sobre el emplazamiento elegido, asegurándose de que quedaban bien nivelados y afianzados sobre la nieve blanda e irregular. Después había desembalado la cámara de gran formato, toda una pieza de museo. Había abierto la preciosa caja de caoba pulida, desplegado el fuelle sobre sus raíles y

colocado un objetivo Carl Zeiss de 178 milímetros en el montante delantero. Para cualquier neófito, un equipo sorprendentemente anticuado y fuera de lugar en un sitio como aquél. Para un fotógrafo profesional, una herramienta de precisión capaz de impresionar placas de 20x25 con una nitidez tal que permitiría obtener ampliaciones de tamaño mural con un detalle y una riqueza de matices sin parangón.

Como una concesión a las nuevas tecnologías y para obtener, de paso, material de archivo, la mujer había instalado sobre el segundo trípode una *Hasselblad* motorizada con respaldo digital, que programó para que disparase automáticamente un fotograma cada treinta segundos. Bastante ocupada iba a estar ella, fotómetro en mano y cambiando placas, en cuanto comenzase a amanecer.

Rubén la miró de reojo. Ya le gustaría a él haber conocido a aquella chica diez años antes; o cinco, o quince..., tanto daba. A buen seguro que la habría invitado a salir. Suspiró acordándose de Montse, su mujer: un poquito de audacia aventurera, eso era lo que le faltaba para que él la admirase de verdad. No es que no fuese feliz con ella, pero la fotógrafa, además de atractiva, era otra cosa: una mujer capaz de subirse un tres mil nevado con tal de dar rienda suelta a su mayor pasión. La mujer perfecta para un enamorado de la montaña, vamos. Si no fuera porque estaba felizmente casada y tenía tres hijos de los que ocuparse...

El guía inspiró una honda bocanada de aire frío y decidió que sería mejor dejarse de tonterías e ir pensando en la bajada. Había

demasiada nieve. Conforme el calor del día fuese reblandeciendo la costra helada que se había formado durante la noche, la probabilidad de avalanchas iría tornándose cada vez mayor en una cumbre donde todas las posibles vías de descenso quedaban muy expuestas al peligro. Sí, tenían que bajar; y tenían que hacerlo más bien pronto que tarde, pues ya las sombras retrocedían y el sol arrancaba por doquier destellos de cristal a la ladera.

—¿Cómo lo llevas, Luna? Deberíamos ir recogiendo.

Luna Ross le dedicó una de esas encantadoras sonrisas que tanto lo turbaban.

—Ya he terminado —respondió, satisfecha de sí misma—. Dame diez minutos para empaquetarlo todo y nos vamos.

—De acuerdo.

—¿Te preocupa algo?

—La nieve no estaba demasiado buena esta mañana. En estas condiciones acaban produciéndose avalanchas tarde o temprano.

—Todo irá bien, no te preocupes. —Ella siempre destilaba optimismo—. He sacado unas tomas fabulosas, de verdad; ya las verás.

—Ya te dije que este emplazamiento era perfecto.

—Y tenías razón. Menos mal, porque si no llega a merecer la pena, después de lo que nos ha costado subir hasta aquí...

Él se encogió de hombros con suficiencia.

—Para eso vas con uno de los mejores guías de montaña del Pirineo aragonés.

—Claro, claro —sonrió ella guasona—... Y además, resulta un lujo tenerlo como porteador. Toma, tu parte.

Le pasó la abultada mochila en que acababa de embalar la cámara de gran formato.

—¡Joder, tía!... ¿No podías llevar una réflex digital, como todo el mundo?

Esta vez fue ella quien se encogió de hombros.

—Olvidas que yo no soy como todo el mundo. Tienes el privilegio de hacer de guía a una de las mejores fotógrafas de paisaje de todo el país.

Touché. Desde luego, no se podía con esta mujer.

—Ya. Pues venga, genio de la fotografía, movamos el culo antes de que la nieve se ponga más peligrosa todavía.

La primera fase del descenso fue rápida: descolgaron las mochilas con cuidado y luego *rapelaron* hasta la base de la roca, donde habían dejado clavados los esquís. La pala de nieve virgen se extendía a su izquierda, una inmensa alfombra de pendiente muy pronunciada, blanda y profunda, como pocos esquiadores de remonte y *forfait* podrían jamás soñar. A la derecha, un espolón rocoso descendía casi vertical hacia el collado, donde la pendiente se hacía más suave. Rubén comprobó los localizadores electrónicos, y luego ambos se calzaron las tablas y se dispusieron a comenzar el descenso.

—Bajaremos por este lado, lo más cerca posible de la roca —

indicó él—. Giros rápidos y muy seguidos; nada de cortar la pala en diagonal. ¿De acuerdo?

—Haré lo que pueda —respondió ella—. No va a ser fácil, con este peso a la espalda.

—Sobre todo, no te echas hacia atrás. ¿Llevas bien atadas las correas de seguridad?

—Las llevo.

—Pues venga.

El guía de montaña lanzó su cuerpo hacia delante y dio varios giros seguidos con destreza. Luego paró y se volvió para esperarla. Por un segundo Luna dudó, sintiéndose incapaz de hacer lo mismo. A pesar de haber practicado el esquí de travesía numerosas veces, la tremenda pendiente, la gran cantidad de nieve acumulada y, sobre todo, la voluminosa y pesada impedimenta a la espalda convertían aquel descenso en especialmente complicado.

«Vamos, Luna, esto es pan comido para ti...», se dijo al fin. Flexionó las rodillas, dio un pequeño salto hasta colocar los esquís casi paralelos a la pendiente y proyectó su cuerpo hacia delante, tomando impulso. ¡Hop!, giro a la derecha... ¡Hop!, giro a la izquierda... ¡Hop!...

En el cuarto viraje clavó las tablas justo debajo de las de Rubén. A punto estuvo de perder el equilibrio, pero el guía la agarró del brazo justo a tiempo.

—¡Uaaa! ¡Qué demasiado! —exclamó ella exultante, aunque procurando no levantar mucho la voz—... ¿Has visto?... ¡Qué pasada

de pendiente!

—Lo has hecho muy bien, pero no cantes victoria todavía. No hemos hecho más que empezar.

—Venga, te sigo. Hasta abajo.

Pero Rubén Mozón miró con aire desconfiado la nieve que ya se extendía una treintena de metros por encima de ellos.

—No, por etapas. Primero hasta aquél saliente en la roca, ¿lo ves?

—Vale.

«¡Crac!». Los dos esquiadores miraron instintivamente hacia arriba, justo en el momento en que paraban a coger resuello por tercera vez junto a un gran pedrusco. Las huellas de sus esquís trazaban un sendero sinuoso hasta la cúspide; la nieve refulgía serena, majestuosa, aparentemente inofensiva.

—¿Qué ha sido eso? —inquirió Luna con aprensión.

—¡Sssh! No parece que...

«¡¡¡Crrrac!!!». Esta vez el crujido les heló la sangre en las venas.

—¡Está cediendo!... ¡¡¡Se nos viene encima!!!

Con toda la rapidez que el equipo les permitió, Luna y Rubén alcanzaron la base del peñasco y se agazaparon tras él, sintiendo cómo el bramido se acercaba a toda velocidad. Apenas habían tenido tiempo de agacharse y de taparse nariz y boca con las manos cuando la onda de choque les hizo estremecer. Se abrazaron fuertemente el

uno al otro, las caras vueltas hacia la roca, intentando protegerse con las mochilas de la avalancha que se les venía encima. Tan solo duró unos instantes, pero a ellos les pareció una eternidad mientras notaban cómo la nieve pulverulenta los cargaba con su peso. Luego el trueno se apagó ladera abajo hasta que, al poco, el solemne silencio de la montaña volvió a reinar.

Los tres amigos se han juntado para comer en el *Café de Bilbao*, un restaurante cuyos guisos de la costa cantábrica conservan la justa fama que les diera su fundador, un nacionalista vasco en el exilio que optó prudentemente por largarse a México en cuanto las botas nazis pisotearon Dunkerque. Sentados ante el típico mantel de cuadros y con una buena frasca de tinto de la casa en el centro, los alemanes se han rendido ante un bacalao al pilpil que primero han degustado con curiosidad y luego han engullido con fruición.

Esta vez, sin mujeres de por medio, Hans Graf ha cedido a la presión de los pilotos, ávidos de buenas noticias que les permitan animar el espíritu ante su próxima vuelta al infierno, para que les hable del *Elektroboote* Tipo XXI.

—¿Y a qué espera nuestro *Führer* para dar la orden de fabricación? —inquire un extrañado Harald Hartmann.

Hans baja la vista hacia su plato. No le compete a él juzgar las decisiones del Comandante Supremo, que tantos éxitos ha cosechado para Alemania desde el *Anschluss*, la anexión de Austria en 1938. Sin embargo, en este caso no puede dejar de traslucir un cierto descontento.

—Hitler está demasiado ocupado con la campaña rusa. La Batalla del Atlántico ha dejado de ser una prioridad, y su estrategia

se limita, de momento, al bloqueo de las Islas Británicas. Además, sigue pensando que el verdadero poderío naval se encuentra en la superficie, cuando lo cierto es que la *Royal Navy* apenas permite maniobrar a nuestros acorazados. Fijaos en la suerte que corrieron el *Bismark* o el *Graf Spee*, sin ir más lejos. Y el mismo *Tirpitz* se encuentra escondido en los fiordos noruegos, incapaz de hacer frente a la flota inglesa. A pesar de ello, la fabricación de submarinos sigue sin ser una prioridad. Teniendo en cuenta que harían falta casi dos años para alistar una cantidad significativa de *Elektroboote*, es natural que Dönitz dedique los limitados recursos que se le adjudican a construir la mayor cantidad posible de los del Tipo VII, que resultan mucho más económicos, además de ser sus preferidos.

—Pero ¿cómo es el *Elektroboote*? —inquire Harald con evidente interés. Para alguien ajeno al arma submarina, resulta difícil admitir que algo pueda superar a los ya míticos *lobos grises*.

—El Tipo XXI es un prodigio de la tecnología alemana —dice Hans—. Y de nuestra ciencia —apostilla, orgulloso por la parte que le toca—. En comparación con él, los sumergibles actuales no son más que raquíticos botes de pesca...

—¡Exageras! —se burla Werner Grosse—. Según vuestra propia propaganda, los *U-Boote* llevan hundidos más de dos mil buques aliados desde el 39, con un total de once millones de toneladas de registro bruto.

—No te equivocas, pero yo tampoco exagero en absoluto. Escucha: el *Elektroboote* desplazará en superficie más del doble de

tonelaje que un Tipo VIIB como el de Günther Prien.

Harald lanza un silbido de admiración.

—¡El héroe de Scapa Flow!

Todo el mundo conoce la hazaña del osado comandante del *U47*, infiltrándose en la más importante base naval de la armada inglesa a través de los cables, minas y barcos hundidos que taponaban las entradas a la bahía, torpedeando y hundiendo al *Royal Oak*, un acorazado de veintinueve mil toneladas, y saliendo finalmente por el mismo canal por el que había entrado, antes de que nadie llegase a sospechar siquiera qué era lo que había sucedido.

—Sí, pero aquella gesta de 1939 no sería posible hoy en día — puntualiza Hans—. De hecho, Prien es ahora un héroe muerto. Un destructor británico lo acosó y le dio caza como a un perro. El *Toro* de Scapa Flow no pudo escabullirse del *asdic* y de las cargas de profundidad, pero...

Werner capta en seguida la idea dejada en suspenso por su amigo.

—... si hubiese mandado un *Elektroboote*...

—Exacto. El Tipo XXI montará dos motores diesel con los que podrá navegar a una velocidad máxima de dieciséis nudos en superficie. Además, poseerá dos motores eléctricos que le permitirán alcanzar sumergido dieciocho nudos, con una hora de autonomía. ¡Dieciocho nudos!, ¿os imagináis?... Los sumergibles actuales no pasan de los siete u ocho nudos en inmersión.

—Espera, espera —le interrumpe Harald incrédulo—... ¿Estás

diciendo que será más rápido sumergido que en superficie?

Pero Hans está muy seguro de lo que dice.

—El diseño del casco y la torreta son puramente hidrodinámicos: se han afilado las formas, redondeado las aristas y eliminado todo aquello que genera resistencia al avance. El resultado es un delfín de acero.

Werner ríe al tiempo que levanta su copa.

—Una orca más bien, diría yo.

—Cierto. A dieciocho nudos se puede dar caza a un convoy a profundidad de periscopio, e incluso moverse por en medio con soltura. El XXI podrá hacer inmersión en veinte segundos, diez menos que los actuales. Y podrá navegar sumergido sin ser detectado, gracias a dos motores eléctricos silenciosos adicionales. Con todo ello será capaz de despistar fácilmente a un destructor o esquivar un ataque aéreo.

—Caramba —se admira Werner—, parece una máquina impresionante...

—Y eso no es nada. Lo que hará del *Elektroboote* un verdadero depredador es su armamento ofensivo. Como sabéis, el sistema habitual de los *U-Boote* para atacar a un mercante consiste en aproximarse en superficie y cañonearlo hasta hundirlo. Los torpedos no se utilizan a no ser que se ataque a unidades armadas o convoyes. Pues bien, para empezar, el XXI no montará cañón en cubierta.

—¿No montará cañón? Pero entonces, ¿cómo...?

Hans levanta la palma de su mano en demanda de paciencia.

—Ya os he dicho que se ha eliminado todo aquello que presenta resistencia bajo el agua. A cambio, el *Elektroboote* dispondrá de seis tubos lanzatorpedos en proa y un moderno sistema hidráulico que le permitirá recargarlos todos y volver a hacer fuego en tan solo veinte minutos. Podrá así torpedear varios barcos seguidos sin que los aliados tengan tiempo de adivinar desde dónde vienen los tiros.

Satisfecho, Hans paladea un sorbo de vino ante los gestos de aprobación de sus amigos. Si todo eso les ha dejado sorprendidos, aún queda lo mejor.

—Sin embargo, todavía no os he contado lo más interesante: el submarino Tipo XXI, porque ahora sí que estamos hablando de una verdadera nave submarina, no estará ciego cuando navegue sumergido.

Tal afirmación ya resulta demasiado para los pilotos.

—¿No estará ciego? —pregunta Harald, escéptico—... ¿Qué quieres decir?

—Nuestros científicos han desarrollado un sistema electrónico llamado *S-Gerät* que emite un único ultrasonido, una especie de *bip*. Este se refleja en cualquier buque que se encuentre en los alrededores y devuelve un eco que es registrado por el sistema. El operador puede ver en su pantalla el eco, que le indica la posición del enemigo. Emitiendo un *bip* cada minuto, por ejemplo, es posible trazar su rumbo y velocidad en la carta náutica. Pero él no puede detectarnos, pues los *bips* aislados no son suficientes para revelarle

nuestra posición. Y todo ello en inmersión. Como veis, el *Elektroboote* es hoy por hoy un arma insuperable. Mejor dicho, lo será cuando llegue a fabricarse.

Los dos aviadores se miran el uno al otro. Ambos han tenido el mismo pensamiento instintivo: con un centenar de esos temibles buques, Dönitz pondría de nuevo en jaque a las Islas Británicas. Y ello podría significar que Hitler volviese a prestar atención a la Batalla del Atlántico y relajase la presión sobre el Frente Ruso. Algo que no vendría nada mal a los cansados pilotos de la *Jagdwaaffe*.

—Pero... ¿tú crees que llegará? —pregunta Werner esperanzado.

Hans Graf mira su copa sin responder. «*Ein Volk, ein Reich, ein Führer*», recita para sí; el lema de la Alemania nazi. Así lo espera, por el bien de su país y —esto no se atrevería a decirlo en público— de la piel de todos sus compatriotas.

Una vez pagada la cuenta —generosa propina incluida—, Hans y sus amigos salen a la calle, donde un viento gélido trae rachas cargadas de agua que invitan a cualquier cosa menos a callejear.

—¿Qué hacemos esta tarde?... ¿os apetece ir al cine? — sugiere Werner Grosse al tiempo que levanta las solapas de su gabardina—. Podríamos invitar a Mimí y a sus amigas, a ver si luego...

—Conmigo no contéis —le interrumpe Hans Graf—. Yo me vuelvo al *Institut de France*, tengo mucho que hacer.

—Pero ¿no estuviste allí ayer? —se extraña Harald Hartmann.

—Y anteayer, y el día anterior, ¡je, je! —se burla Werner—...
Son las matemáticas, Harald. Tú no puedes comprenderlo.

—Ninguno de los dos podéis —replica Hans—. Los hombres llevan siglos discutiendo sobre la existencia de Dios y no acaban de ponerse de acuerdo. Una pérdida de tiempo, a mi entender. La única verdad absoluta son las matemáticas: sin ellas no hay nada.

—Vale, Pitágoras —se resigna Werner—. Pues nosotros nos vamos al cine. ¿Dónde quedamos para cenar?

* * *

El *Institut de France* goza de un enclave privilegiado en el corazón de París. Situado frente al museo del Louvre, al otro extremo del *Pont des Arts*, su majestuosa cúpula preside un magnífico edificio neoclásico de fachada semicircular que encierra uno de los mayores tesoros de la sabiduría universal: su biblioteca, donde perviven las obras inmortales de los padres de la ciencia. Ahí se dirige Hans Graf a diario, ávido del conocimiento atesorado entre sus anaqueles.

Como de costumbre, el joven se dirige a la mesa de recepción, donde la adusta bibliotecaria ya se ha acostumbrado a su presencia, una de las pocas con que cuenta la sala de lectura en estos días en los que no puede decirse que la ciencia básica sea una prioridad nacional. Sin embargo, esta tarde se encuentra en su lugar una joven desconocida, atrincherada tras el montón de gruesos libros que

forman el catálogo de la biblioteca.

—Disculpe..., ¿no está madame Goutard?

La muchacha levanta la vista de sus papeles y lo mira con recelo, algo que Hans atribuye instintivamente a su acento alemán. Él sabe que, aunque los parisienses han hecho un gran esfuerzo por adaptarse al nuevo régimen, la mayoría aún desconfía de los ocupantes.

—Madame Goutard se encuentra indispuesta. Me han llamado para sustituirla. ¿Puedo ayudarlo en algo?

Cogido por sorpresa, Hans titubea un instante mientras se fija en la chica. A pesar de que su delgadez le presta un aspecto ligeramente enfermizo —algo bastante común entre los parisinos en los días que corren— y de que sus ojos aparecen levemente distorsionados tras unas gafas de montura metálica, su expresión desafiante, el ovalo perfecto de su rostro y una nariz suave, un tanto respingona, le permiten concluir que se halla ante una mujer de fuerte carácter y delicada belleza.

—Ejem..., deseo consultar este libro —dice tendiéndole su libreta de notas.

La muchacha se acerca para examinar la referencia. Hans percibe un tenue aroma a lavanda. Jabón casero, se dice; nada que ver con los empalagosos perfumes de las *cocottes* de la noche parisién.

—Mmm... Pierre-Simon de Laplace..., 1814, volumen segundo... En seguida se lo busco, Monsieur.

El monsieur lo pronuncia con un cierto tonillo que a Hans le suena a indisimulada hostilidad. Luego se aleja, con un leve taconeo, hacia la gran sala de paredes cubiertas hasta el techo de librerías, en las que miles de viejos tomos guardan entre sus páginas todo el enciclopédico saber de la Ilustración. Un tipo esbelto, un gracioso contoneo y unas pantorrillas bien cinceladas, aunque un poquito delgadas de más. «¡Ah, qué ciudad, París! —suspira Hans—... Doquiera que vaya, uno se puede encontrar agradables sorpresas».

Diez minutos más tarde, el joven se ha aburrido de esperar sentado en el vestíbulo. Irritado, por dos veces ha estado a punto de ir en busca de la bibliotecaria, que al parecer se ha desentendido de él por Dios sabe qué otros asuntos. Solo lo ha refrenado el deseo prudente de no despertar en ella una mayor aversión hacia su condición de ocupante. Pero si esto continúa así...

De repente el taconeo retorna, esta vez más apresurado. La chica regresa con un grueso volumen de sólida encuadernación y el gesto algo más suavizado, aunque sin haber borrado en él del todo aire de desafío.

—Su libro. Lo siento, no estaba en el lugar que le corresponde. Me ha costado un poco encontrarlo...

—No importa, gracias.

Hans Graf toma el ejemplar entre sus manos y se dirige con prisa hacia una mesa de lectura. Ya ha perdido bastante tiempo.

Una vez concluida la misión científica que lo ha tenido casi dos

meses en España, el matemático se encuentra realizando un nuevo trabajo para su departamento: establecer un modelo avanzado para el cálculo diferencial de secciones elípticas sometidas a esfuerzos resistentes. Una herramienta que permitirá optimizar el diseño de las cuadernas de los futuros submarinos. Para ello, y dado su afán por beber de las fuentes mismas de la ciencia, ha pedido permiso para quedarse en París y ampliar sus conocimientos en la materia consultando los textos que, desde sus orígenes en el siglo XVII, establecieron los fundamentos de tan compleja rama del saber. De paso Hans, a quien en realidad los submarinos le importan un bledo —para él son solo una forma útil de servir al *Führer* al tiempo que evita ser llamado a filas—, aprovecha para dar rienda suelta a su verdadera pasión: la teoría matemática de la probabilidad. Así, durante las dos semanas que lleva viviendo en París a costa del OKM, el joven ha organizado muy bien su tiempo: recluso a diario en este templo del saber que es el *Institut de France*, dedica las mañanas al trabajo con que sirve al Reich, mientras que aprovecha las tardes para revisar las obras de su interés personal. Al fin y al cabo, el legado de los grandes de entre los grandes —los Bernoulli, Euler, D’Alembert, Lagrange y tantos otros— lo mismo sirve a un propósito que al otro.

Hoy le toca el turno a Pierre-Simon de Laplace, cuya obra resulta tan diversa como el *Traité de mécanique céleste*, *L’exposition du système du monde* o la *Théorie analytique des probabilités*. Si los días anteriores se concentró en la primera parte de esta última, en la

que el genial matemático desarrolla las funciones generatrices como base del cálculo diferencial e integral, ayer comenzó con la segunda, donde dichos conceptos son utilizados para resolver los problemas estadísticos que se plantea el autor. Embargado por la impaciencia, se acomoda en el asiento y coloca el volumen ante sí, acariciando con gesto ritual la gruesa cubierta de cartón decorado y el relieve del título, grabado con letras doradas en el lomo forrado de tela color berenjena. Es entonces cuando su mente percibe que algo no va como debería: aunque título y autor se corresponden, el ejemplar que tiene entre sus manos no parece el de la tarde anterior. Un detalle nimio, pues su contenido no puede dejar de ser el mismo, pero que por algún motivo perturba sus esquemas mentales y le causa un sutil desasosiego. La portada interior lo tranquiliza en cierto modo:

THÉORIE
ANALYTIQUE
DES PROBABILITÉS;
PAR M. LE COMTE LAPLACE,

Pair de France; Grand-Officier de la Légion-d'Honneur; Grand' Croix de l'Ordre...

... etcétera, etcétera. Nada que objetar en principio. Se trata de la segunda edición de 1814, revisada y aumentada por el autor; la misma con la que trabajase el día anterior. Entonces ¿por qué tiene la impresión de que se trata de otro ejemplar? La respuesta le llega enseguida, cuando repara en un gran sello impreso en el frontispicio: un blasón partido rodeado por el texto «*Exlibris - A. M. Legendre*».

En el flanco diestro, una torre sobre una roca que emerge del mar soporta un fanal iluminado; en el siniestro, una mano sujeta un compás que abarca todo el globo terráqueo, algo que no puede referirse sino a la medición del meridiano; en la punta del blasón, la cruz de Caballero de la Legión de Honor, con la que Napoleón Bonaparte recompensaba los servicios al estado de los más grandes científicos del imperio, entre otros. No cabe la menor duda: el ejemplar que Hans tiene entre sus manos perteneció nada menos que a Adrien-Marie Legendre, un auténtico hombre de la Ilustración, autor de obras tan notables como el *Essai sur la théorie des nombres*, el *Traité des fonctions elliptiques* o los imprescindibles *Éléments de géométrie*.

Todo esto rememora Hans Graf mientras pasa las hojas con reverencia, sintiéndose un privilegiado por acariciar aquellas páginas ante las que, quizá un día, su propietario meditó sobre sus enconadas disputas con Carl Friedrich Gauss por la precedencia de sus respectivos trabajos; o sobre su correspondencia con Sophie Germain para resolver el caso de la quinta potencia del último teorema de Fermat; o sobre los progresos de discípulos como Niels Henrik Abel o Karl Jacobi, a los que prodigó su sabiduría con generosidad para que brillaran con nombre propio en el firmamento de las matemáticas. Por ello, su disgusto es mayúsculo cuando se encuentra con una página completamente emborronada de notas manuscritas en tinta. «Pero ¿cómo es posible? —se pregunta—... ¿Quién ha podido mancillar así la *Théorie*?». Sin reponerse de la sorpresa, descubre

que las páginas siguientes están igualmente cubiertas de fórmulas y garabatos. Un pequeño caos de anotaciones en francés, entremezcladas de manchas, tachones y latines. A veces el texto se aprieta, como si su autor pretendiese economizar el breve espacio disponible; otras, las últimas palabras de cada frase se alargan desfiguradas, como si estuviesen escritas con prisa. Al principio Hans trata de hallar alguna relación entre las notas y el texto impreso, pero no hay forma; además, la caligrafía recargada y el francés de época no ayudan a entender gran parte de lo escrito.

El alemán frunce el ceño. Trata de hallar una explicación a tamaño sacrilegio. ¿El propio Legendre, quizás? Sabido es que en la época el papel era un bien preciado, pero el sabio era miembro de la *Académie des sciences*, nadie que pudiera estar tan necesitado como para tratar así un libro de su propiedad. Aunque Hans cree recordar que, en sus últimos años, a Legendre le fue retirada la pensión por haberse negado a obedecer la orden de votar para una plaza en la Academia al candidato gubernamental, a quien no creía el más capacitado. ¿Pudo ser entonces cuando...?

Justo cuando está llegando al final del tomo, una cuartilla suelta se desliza entre sus manos; una vieja carta escrita con una letra que se parece a la de las notas al margen, pero más esmerada.

París, 27 de Julio de 1830

Estimado M. Legendre:

He desarrollado una sorprendente teoría sobre los números

aleatorios que, sin duda, motivará algo más que su curiosidad. Lamento haber tratado así su valioso ejemplar de la Théorie de M. Laplace, pero las circunstancias apremiaban.

Seguramente no tendré otra ocasión de expresarle mi enorme agradecimiento por su inagotable paciencia y benevolencia para conmigo.

Su discípulo y admirador,

Guy de Girardy y Lafontaine

Esto viene a resolver el misterio, aunque plantea otro mucho mayor. Más intrigado que antes si cabe, Hans Graf se levanta y pasea nervioso por la sala, tratando de atar cabos. «*Guy de Girardy... Su discípulo y admirador... Una sorprendente teoría sobre números aleatorios...*». Finalmente toma el libro con decisión y se dirige al vestíbulo.

—Disculpe...

La joven bibliotecaria se encuentra en ese momento con los codos apoyados en su escritorio, frotándose los ojos cansados a esta hora avanzada de la tarde. Sin ponerse las gafas, lo mira con seriedad.

—Dígame.

Él observa su frente despejada y sus cejas anchas, que cobijan unos ojos bonitos, aunque miopes. Luce un pelo castaño muy corto, casi de chico. Un corte casero, eso salta a la vista; nada de *haute coiffure*. Sin embargo le sienta bien, aunque solo sea porque deja ver un cuello largo y espléndido, con un pequeño y atractivo lunar en su

base. Decididamente la chica resulta muy, pero que muy interesante; y, a pesar de su hosquedad, Hans cree adivinar en ella un cierto aire de curiosidad por su persona. Al fin y al cabo, en estos días en que la élite científica del país ha tenido que exiliarse, no son muchos los que se acercan al *Institut* a investigar.

—Este libro que me ha entregado... Verá, no es el mismo que me dio ayer madame Goutard.

Ella lo mira sorprendida, al tiempo que se encoge de hombros.

—¿No es el que me ha pedido?

—Sí, claro que lo es. Lo que quiero decir es que... Es extraño, mírelo usted misma: está repleto de notas manuscritas. Me preguntaba... ¿cómo ha dado con él?

La muchacha examina las páginas emborronadas con atención. También ella parece ahora intrigada.

—Es curioso... Verá, si antes me ha costado encontrarlo ha sido porque no estaba en su sitio.

—¿No estaba en su sitio?

—No. Se hallaba cerca, junto a las obras de otro científico: un tal Adrien-Marie Legendre. No me explico...

Hans sonríe, señalando el ex libris impreso en el frontis.

—Ahí tiene usted la explicación. Alguien debió de colocarlo por error con los libros de su dueño, en lugar de con los de su autor.

—¡Pero eso no tiene sentido...! —protesta ella.

Esta vez es él quien se encoge de hombros.

—También hay una carta dirigida a monsieur Legendre, mire

usted...

Ella examina la cuartilla con atención y luego consulta durante unos minutos los libros de registro.

—¡Es increíble, esta carta no está catalogada! Vaya, parece que ha hecho usted un descubrimiento interesante, señor...

Hans intuye la posibilidad de un acercamiento amigable.

—Llámeme Hans. ¿Y usted...?

Pero ella se muestra cortante. No parece dispuesta a hacer muchas concesiones al invasor.

—Sophie. Queda poco para cerrar, supongo que querrá usted aprovechar el tiempo.

—Desde luego.

Hans Graf retorna a su silla y vuelve a sumergirse en el estudio; pero ahora no es la teoría de la probabilidad lo que concentra su atención, sino el sorprendente manuscrito. Con gran esfuerzo comienza a transcribir en su cuaderno las primeras páginas, a pesar de que no es capaz de seguir el hilo de los argumentos del misterioso Girardy. Sin duda harán falta muchas horas de trabajo para desembrollar su significado. Varias veces está a punto de solicitar a Sophie que le ayude a traducir esta o aquella frase, pero lo esquiva que se ha mostrado ella le hace desistir. «Y es guapa, la condenada —se dice—... Tienes que reconocer, Hans, que la francesita te ha causado un gran impacto y que... *Sheiße!* Si sigues distrayéndote así, no vas a llegar a ninguna parte. Has de hacer un esfuerzo para concentrarte en el trabajo».

«*Douce, chère Sophie..., je t'aime*». Sobresaltado, Hans Graf da un respingo. Estaba copiando de forma automática varias expresiones algebraicas, un tanto adormilado, cuando ha creído leer... Pero sí, ahí está, perfectamente escrito con la caligrafía dieciochesca de Guy de Girardy. ¿Será posible?

—Es hora de cerrar, Monsieur.

Absorto como estaba en su nuevo descubrimiento, Hans no ha advertido cómo la bibliotecaria se le acercaba. Antes de que ella se retire de nuevo, el matemático siente el impulso de poner a prueba su animosidad. Sin levantar la mirada del texto, recita:

—*Douce, chère Sophie..., je t'aime*.

Ella se da la vuelta, los labios apretados y el gesto torcido en la comisura de sus labios, y lo fulmina con la mirada.

—Oiga, si cree que tiene gracia...

«Preciosa. Tal como pensaba, también resulta preciosa cuando se irrita. Es una lástima lo de las gafas».

—Lo siento, no pretendía molestarla. Es que está escrito en el libro —se justifica él—; me ha sorprendido la coincidencia, y...

Incrédula, Sophie se inclina sobre el texto. De nuevo él siente la fragancia a lavanda que emana de su breve escote, en el que un triángulo de piel suave y ligeramente pecosa anticipa un abismo prohibido. Al menos para un invasor como él. Sin embargo, por primera vez en toda la tarde, Hans es capaz de percibir un atisbo de sonrisa en su rostro.

—¡Tiene razón! —exclama ella—. Lo siento, no he querido...

—No, discúlpeme usted; he sido yo quien ha cometido una torpeza imperdonable.

—Está bien, dejémoslo así —dice Sophie, conciliadora, antes de volver a su sitio.

Cinco minutos después, Hans Graf deja el Laplace sobre el mostrador para dirigirse a recoger su abrigo y su sombrero. A pesar de que no espera una cálida despedida de la atractiva bibliotecaria, ella se le dirige triunfante.

—¡Lo he encontrado!

—¿Qué ha encontrado?

—El ejemplar que usted consultó ayer. Estaba en una pila de libros pendientes de devolver a las estanterías. Supongo que madame Goutard no ha tenido tiempo de hacerlo.

—Bueno, en realidad ha sido una suerte. Me alegro de haber dado con este otro.

—Escuche: he estado pensando... ¿Dónde está la carta?

Hans busca la cuartilla y se la tiende. Ella asiente al releerla.

—Sí, eso es. ¿Ha reparado en la fecha?... El 27 de julio es el día que comenzó la revolución de 1830, la primera jornada de las Tres Gloriosas que obligaron a abdicar a Carlos X. Es curioso, ¿no?

—Lo siento, no estoy muy versado en la historia de Francia.

Sophie recupera su aire hostil.

—Claro —dice—. No creo que a ustedes, los alemanes, les interese para nada nuestra historia; ni que les importemos nosotros,

los franceses. Buenas tardes.

Luna Ross aparcó el monovolumen *Peugeot* ante una bonita construcción tradicional de piedra gris y tejado de pizarra a dos aguas. Situada cerca de Biescas, en el corazón del Pirineo oscense, la casa contaba con un amplio ventanal orientado al mediodía para aprovechar el tibio sol del invierno, y con una gran terraza cubierta para las calurosas tardes de verano. Estaba emplazada en la solana del valle, en el centro de una parcela ajardinada rodeada de otras villas y de prados. Lo bastante apartada del pueblo como para evitar las hordas de esquiadores que lo invadían durante la temporada de nieve, pero no tanto como para entorpecer la servidumbre de las numerosas visitas —colegio, supermercado, pediatra, farmacia...— que los niños imponían.

Un oasis de paz, en definitiva, en el que la fotógrafa y su marido, Javier Aibar, se habían refugiado tras seis años de una vida de locura, transcurrida a caballo entre San Sebastián, donde él daba clases de topografía, y Madrid, donde ella acudía con frecuencia por su trabajo para el grupo Aire, una próspera editorial que publicaba las mejores revistas de naturaleza y viajes del país. Durante todo ese tiempo, además, Luna había tenido que desplazarse constantemente a Cataluña para el trabajo de campo de un proyecto estratégico para la empresa: fotografiar cada uno de los doce espacios protegidos de la

comunidad autónoma —un parque nacional y once parques naturales— para una colección de libros de gran formato encargados por una importante multinacional de inversión.

A pesar de tal desparrame materno, la pareja se las había apañado para encontrar el tiempo y la fuerza de voluntad necesarios para engendrar tres hijos y ocuparse de ellos. Uno más dos, solían decir, pues lo de los mellizos había resultado, a falta de antecedentes familiares, una tremenda sorpresa. Mantener tal familia en marcha y posibilitar los numerosos viajes de Luna había requerido, naturalmente, un continuo encaje de bolillos: que si Javier se cogía un semestre sin docencia, que si alguno de los abuelos se venían a casa una temporada, que si pasaban las vacaciones en un parque natural de Gerona...

Todo eso se había terminado el otoño anterior. Rematado por fin el proyecto catalán, el matrimonio decidió que necesitaban aminorar aquel frenético ritmo de vida y que era un buen momento para disfrutar de un año sabático en un pueblo de montaña. Un entorno tranquilo donde Javier, por fin, había encontrado la paz necesaria para cumplir una vieja aspiración: escribir un libro sobre Historia de la Topografía, una materia que le apasionaba y a la que llevaba dedicados numerosos años de investigación. Luna, por supuesto, no se había quedado inactiva. La práctica adquirida en el Pirineo catalán había hecho de ella una consumada experta en fotografía de montaña, y gracias a ello había conseguido el apoyo de la fundación cultural de una importante entidad financiera para un

ambicioso proyecto personal: una exposición fotográfica en Madrid en la que pensaba plasmar, en una colección de grandes paisajes murales, una de las más extraordinarias técnicas de la fotografía clásica: el revelado y positivado en blanco y negro mediante el sistema de zonas de Ansel Adams; un arte prácticamente extinguido a causa de la revolución digital.

Cuando Luna asomó la cabeza por la puerta, una preciosa niña de cinco años abandonó sus juegos sobre la alfombra de la sala y corrió hacia ella alborozada.

—¡Mamá!

—¡Hola, cielo! —dijo Luna abrazándola—. ¿Cómo está mi tesoro?

—Muy bien, mamá. Mira lo que he traído...

Mientras la madre dejaba sus bultos en el suelo, la niña volvió con un cuadernillo de hojas grapadas, en cuya tapa de cartulina roja un payaso hecho con papeles de colores recortados lanzaba pelotas al aire con las manos.

—Pero... ¿qué es esto, María?

La niña sonrió con naturalidad, luciendo su dentadura mellada.

—Lo he hecho yo. Son mis dibujos del cole.

—¡Hala, qué guay! A ver...

En ese momento, Javier apareció por la escalera que daba acceso a la planta alta, donde se encontraban los dormitorios.

—Vaya, vaya..., pero si es nuestra intrépida montañera. ¿Cómo

estás, cariño? Menudo susto, ¿no?

Marido y mujer se fundieron en un abrazo. Ella ya le había contado por teléfono su percance en la montaña y su determinación de volver a casa aquella misma noche, aunque fuese tarde, a pesar de que tenían planeado pernoctar en el refugio y descender al valle al día siguiente.

—Y que lo digas —respondió—, luego te lo contaré. ¿Y los mellizos?, ¿en la cama?

—Claro, llevan ya un rato dormidos. María ha insistido en quedarse despierta hasta que llegaras.

Luna sonrió dulcemente a su hija mayor y la tomó de la mano.

—Ven, cielo. Vamos a darles un beso a tus hermanos y luego te metes en la camita y me enseñas todos esos dibujos tan chulos.

Algo más tarde, con María dormida y tras haber devorado una cena ligera que Javier le había preparado mientras se daba una reconfortante ducha, Luna se acurrucó en el sofá junto a su marido, visiblemente agotada. Le contó cómo Rubén Monzón y ella se habían quedado inmóviles tras la roca, sintiendo el peso de la nieve que se acumulaba sobre sus espaldas y tratando de dejar una cámara de aire entre ellos. Aguantaron la respiración hasta que el fino polvo dejó de flotar en el ambiente, y luego trataron de sacar los brazos al exterior. Por fortuna, no más de cuarenta centímetros de nieve se habían acumulado sobre sus cabezas, y en breves instantes consiguieron salir del agujero. Suerte de la roca tras la que se habían protegido,

que si no... Un poco más les costó recuperar los bastones y uno de los esquís de Rubén, cuya correa de seguridad se había roto por el brutal impacto de la avalancha. Las mochilas, con su preciada carga, no parecían haber sufrido daños, y por fin consiguieron recomponer el equipo y aprestarse para proseguir el descenso.

Esta vez lo hicieron trazando largas diagonales de un extremo a otro del recorrido del desprendimiento, confiando en que en esa zona no volvería a producirse otro. Así llegaron hasta el collado, donde se había depositado la mayor parte de la nieve, y por donde avanzaron penosamente hasta poder iniciar un nuevo descenso hacia el refugio.

—Ha sido espeluznante —concluyó Luna, dejándose abrazar por su marido—. Durante unos momentos llegué a pensar que íbamos a quedar allí sepultados. Que no lo contábamos, vaya. De verdad, no sé si seré capaz de volver a atreverme con un descenso por nieve virgen.

Javier le acarició su melena oscura. Era consciente de lo difícil que le resultaría a cualquiera darle la vuelta a una experiencia así. Sin embargo, su esposa había demostrado ser una mujer valiente. No le cabía la menor duda de que lo superaría.

—Anda, vamos a la cama. Ya verás como duermes como una bendita y mañana lo ves todo mejor. Solo espero que los mellizos no madruguen demasiado.

—¡Ay!, pues yo tengo tantas ganas de verlos despiertos...

Un par de días después de la accidentada expedición a la montaña y tras un minucioso trabajo de preparación en el laboratorio, Luna Ross se enfrentaba al momento culminante del proceso fotográfico: el positivado en papel. Hasta entonces todo había marchado a la perfección. A pesar de que la luz cambiante del amanecer había añadido una dificultad extra al cálculo de la exposición y del tiempo de revelado, había acertado bien con la compensación zonal, y los negativos reflejaban con nitidez los detalles en las sombras, por lo que se encontraba muy satisfecha con el resultado.

Bajo la luz de seguridad del cuarto oscuro, tiró hacia abajo del rollo de papel emulsionado de un metro de ancho, colgado sobre la pared, y fijó el tramo extendido con dos reglas de madera abisagradas, a modo de marginador. Luego cortó el papel por encima y descolgó el rollo para devolverlo a su envase herméticamente sellado contra la luz. Encendió la ampliadora y proyectó la imagen sobre el papel, convenientemente protegido mediante un filtro rojo. Comprobó una vez más el enfoque en diversos puntos, a pesar de haberlo hecho antes sobre la pared. A continuación dedicó unos minutos a repasar sus notas, en las que, además de los ajustes de la ampliadora, había descrito el tiempo de exposición con sus reservas y quemados, fruto de la larga serie de tiras de prueba y ensayos a pequeña escala realizados con anterioridad. Finalmente apagó la ampliadora, retiró el filtro, se armó con la máscara de cartulina sujeta

en el extremo de un alambre, respiró hondo y pulsó el temporizador.

Primero dio una exposición general, y luego, durante breves segundos, expuso de nuevo aplicando la máscara a las diferentes zonas a reservar: poderosos farallones de negra roca que enmarcaban la composición en primer plano, y lejanos canchales de piedras que se desparramaban hacia el valle. Era esta una labor a realizar con precisión milimétrica, pues una reserva mal hecha produciría un halo a su alrededor que arruinaría el resultado final. A continuación procedió a los quemados. Protegiendo a distancia con una cartulina el resto del papel, sobreexpuso, una a una, diversas zonas de blancos y grises claros para enfatizar su textura: pendientes nevadas todavía en penumbra, cumbres que ya reflejaban el brillo del amanecer, algunas zonas de las masas nubosas colgadas sobre un cielo de pureza infinita...

Cuando hubo terminado suspiró aliviada. La cosa iba bien. Ahora venía el momento de la verdad: ese instante mágico en que los elementos químicos realizan su transformación, mostrando al fotógrafo, para bien o para mal, cuán acertados han sido sus cálculos y su inspiración. Comprobó la temperatura del revelador, muy diluido para que actuase lentamente, pues no era fácil manejar un papel de esas dimensiones y lograr que todo él resultase uniformemente bañado. Solo quedaba descolgarlo y...

—¡Mamá!

Una súbita explosión de luz inundó el laboratorio. El consiguiente grito de sorpresa de Luna y su fulminante reacción,

agarrando a María del brazo para meterla adentro y cerrar la puerta tras ella, asustaron a la pequeña, que rompió a llorar.

La fotógrafa observó desolada la gran hoja de papel sobre la pared. La brillante luz del sol poniente reflejada en la pared opuesta del pasillo había recortado el marco de la puerta contra la misma. No merecía la pena gastar líquido revelador. Si por lo menos hubiese estado ya enrollada dentro de la cubeta... ¡Media tarde de trabajo arruinada, sin contar con el desperdicio de papel! Con lo complicado que resultaba, a estas alturas de la era digital, reponer el material de positivado. Aun así, se arrepintió de haber sido tan brusca con su hija. Al fin y al cabo, era ella la que había cometido el error garrafal de no echar el pestillo; y eso, con niños en casa, equivalía a un suicidio.

—Lo siento, María. Es que me has dado un susto tremendo. ¿Qué te pasa, cielo?

—Son los mellizos —se justificó la niña entre sollozos—. A Gabriel se le ha volcado el vaso de *ColaCao* por el suelo, y Miguel lo ha pisado y está poniendo perdida toda la cocina...

—¡Ay, Dios!... ¡Si es que no se los puede dejar solos ni un momento! Pero ¿no está tu padre con ellos?

—Papá está arriba, hablando por teléfono.

—Anda, ven —dijo Luna con resignación—. Vamos a ver qué hacen Atila y Gengis Kan...

—¡¡¡Javiii!!! ¿Pero qué haces, hombre?... ¿Cómo se te ocurre

dejar a estos dos solos en la cocina?

Javier Aibar asomó por la parte superior de la escalera, tapando con la mano derecha el micrófono del teléfono inalámbrico.

—Sube un momento, es para ti.

—Ahora no puedo, mira la que han montado *tus* hijos.

—Es Salvador Miró —dijo él con gesto perentorio—. Ya bajo yo a limpiar eso.

Luna se quedó descolocada por un momento. Miró era nada menos que el director general de Aire Grupo Editorial. Dada la importancia del proyecto de los parques catalanes, en los últimos años había mantenido regular contacto con él; pero aun así, que la llamase a su casa en persona era toda una novedad que no podía dejar de inquietarla, así que subió rauda por la escalera y tomó el auricular de manos de Javier.

* * *

Tras rematar la tarde con dos lavadoras y una hora de plancha, Luna depositó una taza de infusión sobre la mesa auxiliar y se dejó caer en el sofá, derrotada. Javier, a quien le habían tocado los baños y cenas de los niños, levantó la vista del libro que acababa de coger.

—¿Cansada? —preguntó.

Ella cerró los ojos y respiró hondo por toda respuesta.

—Mmm...

—Entonces ¿qué?, ¿te vas a Madrid?

—¡Qué remedio! Cogeré el coche hasta Huesca y allí el AVE de las 8.10. Tengo que darme un madrugón de cuidado, pero Miró no me ha dado opción. Cuenta conmigo para una importante reunión a las once. A cambio, me ha prometido invitarme a comer. Estaré de vuelta en el tren de las siete, que llega a Huesca —consultó una notita adhesiva en la que había garabateado unos datos—... a las 21.20.

—Bueno, eso no es tan malo. A mí me parece mentira que se pueda ir y volver a Madrid en un día; y encima con tiempo para reunirse, comer y tener la tarde libre. Sólo espero que no intenten liarte, ahora que estás tan concentrada en tus murales.

—Ah, no; eso sí que no. Ya les dejé bien claro en la editorial que el año sabático iba a ser sagrado, y estuvieron de acuerdo. Lo que no entiendo es a qué viene tanto secretismo por parte de Miró. No he conseguido que me dijese nada sobre la reunión, salvo que se trata de un tema de suma importancia y que él en persona va a recogerme en la estación. No me lo explico: como si un director general no tuviese otras cosas que hacer... Además, me ha pedido que no comente la visita con nadie de la redacción. ¡Pues vaya gaita!. Me hubiese gustado pasarme para saludar a Víctor, a Feli y a los demás.

—No te comas el coco, cariño; mañana te enterarás de qué va la cosa. Anda, vámonos a la cama.

Luna miró a su marido con un gesto que aparentaba enfado, pero que solo era burlón.

—Pero tú... ¿en qué mundo vives? Todavía hay que preparar la

ropa de los niños para mañana, poner el lavaplatos, sacar la basura... Ah, y Miguel se ha quejado de la garganta al acostarse. A ver si nos va a dar la novecita...

Javier se retrepó en el sofá y estiró los brazos, al tiempo que ahogaba un bostezo.

—¡Ufff, qué pereza! Dame cinco minutitos, porfa...

Ella se encogió de hombros y bebió un buen sorbo de su infusión.

—Tú verás... Acabaremos más tarde. Por cierto, ¿qué tal va tu libro?

—Estupendo. Ahora estoy corrigiendo el capítulo de la expedición al Ecuador. ¿Te acuerdas?

Por supuesto que Luna se acordaba. La medición del meridiano de Jorge Juan y Antonio de Ulloa había sido uno de sus primeros temas de conversación el día que se conocieron, allá en Madrid, una tarde lluviosa de primavera. Qué lejano quedaba aquello. Y sin embargo, qué rápido había pasado el tiempo desde entonces. Y sobre todo, cómo había cambiado su existencia, desde que el asunto del oro del Banco de España en que se vieran envueltos marcara un trágico punto y aparte en el devenir de los acontecimientos. La muerte de Jon, el amigo común que había aproximado sus vidas; el matrimonio con Javi —un protocolario paso por el juzgado acompañados de padres, hermanos y apenas media docena de amigos íntimos—; el traslado a San Sebastián, desde donde acometió el ambicioso proyecto de los parques catalanes; la llegada de los niños, elevando

al cubo la carga de trabajo doméstica, pero también la satisfacción y el orgullo de los padres... Todo aquello había supuesto para Luna no menos de cinco años —los que acababa de cumplir María— de madre atacada. De las que iban como locas de un lado a otro sin llegar a nada: trabajo, colegio, pediatra, supermercado, cocina, plancha... Solo que ella, además, tenía que intercalar el frenesí doméstico con continuos viajes a la sede de Aire en Madrid, cuando no que ausentarse durante temporadas al otro extremo de los Pirineos. Pensándolo bien, quizá esto último era lo que le había dado fuerzas para sobrellevar lo demás. Tras vivir en contacto íntimo con la naturaleza durante sus últimos años de soltera, con la furgoneta en que recorría la Península casi como único hogar, necesitaba, como un sustento vital, dejar que su mente fuese absorbida por la tarea de domeñar con sus lentes la inmensidad de los espacios abiertos: bosques y montañas, flora y fauna, amaneceres y atardeceres...

Y todo ello había sido posible, sin duda, gracias a Javier. Qué afortunada podía considerarse con un marido tan comprensivo y dispuesto, siempre al pie del cañón para que ella pudiese cumplir con sus obligaciones. Si los días que salía de viaje con el equipo fotográfico a cuestras eran de intensa emoción, los de retorno a casa para el reencuentro con los suyos eran de suma felicidad. Y sin embargo, a veces no estaba segura de saber expresarle a su marido cuánto lo amaba. ¡Pobre Javi!... De repente notó como una lágrima resbalaba por su mejilla y se abrazó a él, emocionada.

—Te quiero —fue lo único que salió del nudo de su garganta.

* * *

Antes de hacerle señas para que lo viese, Salvador Miró observó durante unos instantes a la mujer morena que acababa de desembarcar en el atestado vestíbulo de la estación Puerta de Atocha de Madrid. Aunque dos embarazos y una familia numerosa no pasan en balde para nadie, ella conservaba el tipo esbelto y el porte decidido que tan bien recordaba él de la primera vez que la había tratado profesionalmente. Aquello había ocurrido... ¿cuándo?, ¿siete u ocho años atrás? Definitivamente no se había equivocado cuando hizo la fuerte apuesta de confiarle un proyecto tan estratégico para el grupo Aire como el de los parques catalanes. Luego, conforme el inspirado trabajo de la joven iba superando con creces todas las expectativas, había tenido ocasión de hablar con ella con más frecuencia. Y de tomarle un singular aprecio. Miró era consciente de que si Luna Ross alcanzaba a prestar tan valiosa aportación a la empresa como fotógrafa, era a costa de un importante sacrificio como madre y esposa. Algo que a un directivo de la vieja escuela como él le servía para reafirmarse en el respeto al trabajo y al esfuerzo personal, tan a contracorriente de la cultura del mínimo esfuerzo en que veía instalada a la sociedad de hoy en día.

Y todo eso, en el caso de Luna, llevado con una sencillez y una naturalidad exentas de las ínfulas con que otros creativos, de fama no siempre tan merecida, se limitaban a vivir del cuento, ganando

sustanciosos honorarios a cambio de poco más que tirarse el rollo ante sus necios patronos. Para Luna, sin embargo, cada una de las dificultades ocultas tras sus bellas fotografías era, más que molestia, fuente de inspiración y la esencia misma de su trabajo. Ella encajaba cada crítica con ánimo constructivo, cada fallo con espíritu de superación, y cada sugerencia con un análisis profundo que podía llevarla a aceptarla o a rechazarla, pero nunca a ignorarla.

Por fin se saludaron. Cuando Luna estampó dos besos en sus mejillas con la misma naturalidad que si él fuese un viejo amigo de la familia, Salvador Miró pensó lo mismo de siempre: que si hubiese tenido una hija, en lugar de los tres maromos que le habían tocado en suerte, habría deseado que fuese como ella. Y por enésima vez, desde la llamada del Ministerio de Defensa que había recibido apenas dieciséis horas antes, se preguntó preocupado en qué marrón querían meterla con su forzada aquiescencia.

—Bienvenida a Madrid. Mujer, cada vez estás más guapa... — dijo, ofreciéndole su brazo como el caballero que era.

La complicidad que habían desarrollado con el tiempo le permitió a ella recriminarlo con gesto escéptico.

—Eres un mentiroso, Salvador.

—No, en serio —protestó él, seguro de decir la verdad.

En efecto, los finos pliegues que se marcaban junto a sus bonitos ojos color miel y los que flanqueaban las comisuras de sus labios no bastaban para que aquel rostro hubiese perdido su encanto.

Antes al contrario, acentuaban ese sereno y especial atractivo que solo emana de una mujer que ha llegado al mejor momento de su madurez.

—¿Cómo están los niños? —añadió en tono paternalista.

—¡Huy!, María está hecha un encanto, una verdadera señorita; pero los mellizos... ¡esos van a acabar conmigo! Te juro que voy a necesitar otro año sabático para recuperarme de este año sabático, Salvador. Hoy mismo me he dejado a Miguel con anginas, al cuidado de Javi. Nos ha dado una noche torera que no veas...

Salieron al exterior a través de la vieja estación de Atocha, convertida en espectacular vestíbulo de la moderna estación del AVE. Luna siempre se sorprendía por la forma en que habían sabido restaurar y convertir en un remanso de paz ajardinado aquel lugar, otrora surcado por los ruidosos trenes rápidos y expresos, y donde tantas veces, durante sus años de estudiante en la capital del reino, cogiese el correo nocturno para regresar a casa de sus padres en vacaciones.

Primitivo Ibáñez, el sempiterno chófer de Miró, saludó a Luna con afable sonrisa y abrió la puerta trasera del imponente *Mercedes* aparcado en doble fila. La fotógrafa, que sin saber por qué se había imaginado que la reunión tendría lugar en las oficinas del grupo en la zona de Orense, se dio cuenta de que, en realidad, no tenía ni idea de adónde se dirigían cuando la berlina, en lugar de dirigirse hacia el norte por el Paseo del Prado, enfiló por Santa María de la Cabeza. Al principio no dijo nada, convencida de que su director no iba a soltar

prenda en tanto no considerase llegado el momento oportuno. Ambos mantuvieron una intrascendente charla sobre lo diferente que era la vida en Madrid y en un pueblo del Pirineo, hasta que el potente vehículo se metió en la M-30 y aceleró en dirección norte. Conforme dejaban atrás el estadio del Manzanares, tras haber pasado por debajo de su graderío principal, Luna no pudo aguantar más la curiosidad.

—¿Dónde es la reunión?

—En la avenida del Padre Huidobro, junto al Hipódromo de la Zarzuela —respondió Salvador Miró con naturalidad.

Luna tuvo que reconstruir en su mente el borroso mapa de la ciudad.

—¿Eso no es la salida de la carretera de La Coruña?

—Ajá.

—Salvador —dijo ella, sin poder ocultar esta vez su impaciencia—... ¿Me puedes decir de una vez adónde vamos?

—Al Centro Nacional de Inteligencia.

Hans Graf y sus dos amigos han dejado atrás el bulevar Saint Germain, donde han cenado en un agradable bistró, y han cruzado el Sena por el *Pont au Double*. La noche es serena, y el frío húmedo que se desprende del río ayuda a despejar los vapores del Burdeos trasegado. En la *place du Parvis*, situada ante la fachada principal de Notre-Dame, uno se siente vigilado por las quimeras y las gárgolas que apenas se adivinan en lo alto, entre las sombras. Testigos impasibles, como eternas convidadas de piedra, del paso vertiginoso de la historia bajo sus tragicómicas testas. El lugar es perfecto para disfrutar de un cigarrillo en silencio, recogidos frente a tan grandiosa muestra de la religiosidad del medioevo. Luego, una vez asentada la cena, será el momento de dirigirse a algún bullicioso cabaret en el que rematar, como Dios manda, una noche más —o una noche menos, según se mire— de este breve, pero intenso permiso.

Durante la cena, la conversación ha derivado de forma inevitable hacia la situación en Rusia. Todos los corrillos de soldados y oficiales de las fuerzas de ocupación se hacen eco de las dificultades por las que pasan en Stalingrado las tropas del Reich. Aunque nadie se atreve a decirlo abiertamente, es notorio que una nueva derrota, tras el fracaso de la Campaña de África, podría suponer el comienzo del fin. Y aquí en París, en la confortable

retaguardia, hasta el menos espabilado trata de hacerse imprescindible. Cualquier cosa con tal de no recibir una orden de traslado al Frente Oriental.

Pero Hans se ha mostrado taciturno casi todo el rato. En realidad, su mente estaba ausente de la conversación de sus amigos, en la que apenas ha participado con monosílabos. El extraño hallazgo del manuscrito de Girardy esa tarde, en la biblioteca del *Institut de France*, lo ha dejado profundamente turbado; tanto como la atractiva, intratable bibliotecaria.

—Esta tarde se te ve un poco raro, Hans —dice Harald Hartmann entre dos bocanadas—. Por cierto, todavía no nos has contado el motivo de tu viaje a España. Si es que se puede, claro...

El matemático hace un esfuerzo por sobreponerse a su confuso estado de ánimo.

—Oh, no hay ningún problema —replica—. En Madrid ya os lo podéis imaginar: tabernas, toros, flamenco...

Tan despreocupada respuesta no satisface a Harald y a Werner, a quienes no les resulta difícil extrapolar su experiencia en el sitio de Leningrado para imaginarse el efecto de la Guerra Civil sobre la capital española.

—¡Venga ya! —replica el segundo—. España está sumida en una tremenda depresión después de su *Cruzada de Liberación*. Hay escasez de alimentos, de combustible, y mucha gente sin nada con qué calentarse este invierno. ¿Y tú dices que has estado de tabernas y toros?...

—¡Bah! En España, como en cualquier parte, se puede encontrar de todo. A ver si te crees que no hay gente forrada: constructores que amasan fortunas reconstruyendo las ruinas, industriales que fabrican bienes para la Europa en guerra, banqueros que financian a constructores e industriales, contrabandistas que suministran de todo a todos ellos, y así un largo etcétera. Madrid no tendrá la *grandeur* de París, pero creedme, allí se mueven hoy en día todas las influencias que solo en un país neutral pueden coexistir. En Madrid, los aliados conspiran para garantizarse la neutralidad de Franco, mientras este renegocia con los nazis, a cambio de hierro, zinc, wolframio, aceite, naranjas o cuero, la deuda de la ayuda que Hitler le prestó.

—Vale, vale, de acuerdo —concede Werner—... Pero el OKM no te habrá enviado a España para que disfrutes de los toros, ¿no?

Ahora se dirigen paseando por el *Pont Notre-Dame* hacia el *Hotel de Ville*, donde piensan tomar un taxi que les lleve a Montmartre, pues Hans se ha empeñado en enseñar a sus amigos un local que, según él, es el cabaret más antiguo de París.

—En eso tienes razón. En realidad, mi estancia en España ha sido como miembro de una misión científica organizada por el Ministerio de Armamento.

—¿Una misión científica?... ¿En España? —se asombra Harald—. Eso sí que tiene gracia.

—¿Por qué?

—Hombre, no sé. Cuando estuvimos en Zaragoza en el 38, ya

sabes... Bueno, no es que nos mezcláramos mucho con los españoles, la verdad; pero no tenían pinta de estar muy avanzados tecnológicamente.

—Sí —confirma Werner—, no hay más que ver los aviones de que disponían antes de que llegáramos nosotros y los rusos, ¡ja, ja!...

Hans se encoge de hombros.

—Ya, bueno... Supongo que eso es como si un extranjero se dejara caer por Mecklemburgo o por la Baviera profunda: no encontraría más que rudos campesinos, ¿no?

—Hombre, visto así...

—Sin embargo, en los últimos cien años ha habido en España numerosos científicos e ingenieros que realizaron importantes investigaciones, las cuales en muchos casos dieron lugar a interesantes inventos, a cuál más avanzado para su época.

—¿Por ejemplo? —inquire un escéptico Werner.

—Pues por ejemplo, si hablamos de lo que me ha llevado allí, el campo de la hipo náutica...

—¿*Hipo qué?* —se extraña Harald.

—Hipo náutica: la ciencia de la navegación subacuática.

—No me digas que los españoles han inventado submarinos.

—Los españoles parecen tener una fijación congénita con este tema. La lista de inventores es larga: desde un tal Cosme García, que construyó y probó con éxito en 1858 su primer *Garcibuzo* en el puerto de Barcelona, hasta Antonio Sanjurjo, que hizo lo propio en la ría de Vigo en 1898. Curiosamente, el *Sanjurjo* estaba armado con

dos minas de contacto sujetas en la punta de unos botalones de trece metros. Su inventor confiaba en que la explosión ascendería como una burbuja y no dañaría la nave; por suerte para él, nunca llegó a probar el sistema.

»Pero estos ingenios no eran más que cascarones estancos que tenían que moverse por debajo de la superficie con propulsión manual, al igual que sus predecesores más conocidos, como el *Turtle* de Bushnell, el *Nautilus* de Fulton o el *Brandtaucher*, que nuestro Wilhelm Bauer construyó en Kiel en 1850. Incluso con uno de ellos, el *Hunley*, los confederados lograron hundir durante la Guerra de Secesión un vapor de la Unión por medio de una pértiga y un torpedo.

»Sin embargo, más allá de estos primeros logros, en España destacaron dos grandes científicos que dedicaron gran parte de sus vidas a la resolución de los complejos problemas de la navegación submarina. De hecho, sobre muchos de sus avances tecnológicos se construyen en gran medida los modernos sumergibles.

»El primero de ellos fue Narciso Monturiol, un abogado catalán idealista y defensor del socialismo utópico. Este submarinista fue uno de los pocos a quienes no impulsaban motivos belicistas para desarrollar sus ingenios; antes bien, los concibió para fines tan pacíficos como facilitar su tarea a los pescadores de coral de la costa mediterránea. Monturiol, que escribió una joya científica titulada *Ensayo sobre el arte de navegar por debajo del agua*, fue el primero en estudiar y resolver, mediante procedimientos químicos que siguen

vigentes hoy en día, el problema de la purificación del aire y la renovación del oxígeno en el interior del barco. También sentó las bases de los actuales sistemas de inmersión, diferenciando entre los tanques de agua que compensan la flotabilidad del buque y los adicionales con que se regula la profundidad. Fue pionero, en fin, en utilizar el concepto de casco doble, aunque los dos *Ictíneos* que construyó eran todavía de madera. Lamentablemente, tras numerosas pruebas satisfactorias entre los años 1859 y 1865, Monturiol tuvo que abandonar su proyecto por falta de...

Harald Hartmann lo interrumpe con aire de extrañeza.

—¿Es aquí?

El gasógeno ha parado en una estrecha calle de barrio, en medio de una cuesta. Se hallan ante una casa destartalada; una especie de vivienda de pueblo con tejado a dos aguas y muros de piedra, retranqueada tras una valla de madera y un minúsculo jardín. En una pared lateral puede leerse un rótulo modestamente pintado sobre el revoco:

AU LAPIN AGILE

CABARET

Los aviadores parecen decepcionados a la vista del lugar. Nada que recuerde a la rutilante portada cuajada de luces del *Moulin Rouge* o al suntuoso edificio *art déco* del *Folies Bergère*.

—*Poèmes et Chansons?* —Werner chasquea la lengua con

desagrado cuando lee el escueto cartel a pie de calle—. Pero... ¿adónde coño nos has traído, Hans?

—A un lugar donde no vais a encontrar uniformes nazis — responde el matemático—. Por eso os pedí que viniéseris de paisano.

A diferencia de los más renombrados *music-halls* de París, con sus bulliciosos salones donde los soldados de la *Wermacht* dilapidan sus pagas cortejando sin cuartel a las *femmes légères*, sus selectos palcos donde la élite del poder colaboracionista se exhibe sin pudor junto al invasor, y sus luminosos escenarios sobre los que se contonean sensuales las más exuberantes *vedettes* de la actualidad, *Au Lapin Agile* es un cabaret de atmósfera familiar. Aquí no hay amplios salones con las mesas cuajadas de militares de permiso, sino un modesto y abigarrado local donde los artistas se dan codo con codo con los espectadores en un genuino ambiente francés.

Una vez que el camarero ha depositado sobre la mesa una cubitera con una botella de *Pommery*, Hans Graf continúa con su disertación sobre España.

—Como os decía, Narciso Monturiol se vio obligado a abandonar ante la falta de interés y financiación por parte de las instituciones de su país. Su sucesor en el desarrollo del submarinismo español fue un ingeniero llamado Isaac Peral, quien botó al agua en 1888 un submarino militar de propulsión eléctrica, fabricado en chapa de acero y dotado de periscopio y un tubo lanzatorpedos. El *Peral*, cuya forma y diseño asemejaban ya mucho a los sumergibles actuales, cumplió a satisfacción las pruebas a que fue sometido; pero

su inventor, tras haber sido aclamado como un héroe nacional, acabó por sufrir la misma desidia oficial que Monturiol.

—Vaya. Con esos antecedentes, es sorprendente que España no sea una potencia submarina —se admira Harald.

—Pues no estaba mal equipada antes de la Guerra Civil. La flota republicana contaba con una docena de sumergibles, de los que se perdieron cinco en la contienda. Uno de ellos por cuenta de nuestro *U34*, por cierto. No obstante, sigue habiendo notables inventores en España. De hecho, nos hemos entrevistado con un empleado ferroviario llamado Adrián Álvarez, que ha patentado un eficaz generador de aire que toma el oxígeno del agua. Un sistema pensado para la supervivencia de tripulaciones en caso de accidentes o averías en inmersión. Nuestra delegación estaba muy interesada en el ingenio, y se le ha ofrecido una importante suma de dinero a cambio de desarrollarlo para nuestros *U-Boote*. —Hans Graf bebe un sorbo de champaña antes de continuar con manifiesta irritación—. ¿Y qué pensáis que ha hecho el tipo?... Pues ni más ni menos que se ha negado a colaborar con Alemania, diciendo que su invento era para salvar vidas, no para hacer la guerra. ¿Os lo podéis creer?, un simple obrero despreciando así al Reich. Hay que joderse...

Werner Grosse sonríe con buen humor y da unas palmadas de consuelo en el hombro a su amigo.

—Vamos hombre, ¿qué esperabas?... Son españoles, ¿no? Ya sabes que muchos de ellos no pueden vernos ni en pintura después de su guerra —dice, al tiempo que rellena de nuevo las copas.

—Pues deberían. Al fin y al cabo, les ayudamos a limpiar el país de anarquistas, comunistas de mierda y...

—Bueno, Hans, todo eso de los inventores españoles es muy interesante —lo interrumpe Harald, sin poder reprimir un bostezo que da a entender lo contrario—, pero cuéntenos algo de los toros. ¿No habrás visto a Susan Hayward? Dicen que le van los toreros.

—Eso es a Rita Hayworth —le contradice Werner—; su padre era español, y ella rodó una película ambientada en Madrid: *Sangre y arena*.

Su amigo le da un codazo amistoso.

—¿Pero qué dices, hombre? La de *Sangre y arena* es Susan Hayward.

—Y yo te digo que es la Hayworth. ¿No has visto la película, Hans? Era como una diosa con una mirada que abrasaba el alma de un torero...

—Pues a mí me gusta más la Hayward —insiste Harald—. ¿Tú qué dices, Hans?

El interrogado, que está sentado de cara a la entrada, hace un disimulado e inequívoco gesto con las cejas.

—Que me quedo con el bombón de carne y hueso que acaba de entrar. No será una diosa, pero está aquí y ahora.

Por la puerta del atestado local acaba de hacer aparición una distinguida pareja que se queda unos instantes mirando en busca de una mesa libre. El hombre, alto y de complexión atlética, luce un bigote a lo Clark Gable y el pelo repeinado hacia atrás. Lleva el

gabán colgado del brazo, lo que permite apreciar un impecable traje de mil rayas con pañuelo al uso sobresaliendo del bolsillo de la chaqueta; todo un dandi. La mujer viste una elegante chaqueta corta con cuello de visón, y del sombrero con que se toca cae una redecilla que le cubre el rostro dándole un aire de *femme fatale*. Es casi tan alta como el hombre, y, por lo que puede apreciarse de cintura para abajo —falda negra de tubo, medias de encaje y zapatos de elevado tacón—, un auténtico conjunto monumental.

—Eso sí que es una hembra de verdad —resopla Werner.

—¡Pero si es Kurt!... ¡Kurt Vogel! —exclama Harald, al tiempo que se levanta y hace señas a los recién llegados—. ¡Eh, Kurt, aquí...!

—¿Lo conoces? —se sorprende Hans.

—Es un pariente lejano; de Múnich. Su padre y el mío son primos segundos o algo así. Hace años que no nos vemos. —El piloto se inclina sobre sus amigos y añade en voz baja—: *Abwehr*, creo; ni una palabra sobre el tema.

Todos han oído hablar del *Abwehr*, el servicio de inteligencia del Alto Mando de la *Wehrmacht*. «Si es cierto que el pariente de Harald es un espía —se dice Hans—, hay que decir que se trata de un espía afortunado».

La pareja se acerca al grupo con gesto aliviado, pues no queda una sola mesa libre en todo el local. Los dos primos lejanos se abrazan con efusión y luego realizan las presentaciones de sus respectivos acompañantes. La deslumbrante mujer, que ha levantado

un reguero de miradas al cruzar la sala, resulta ser una dama de la alta sociedad múniquesa, la condesa Martina von Kreuzberg.

Una vez acomodado, y repuesta con generosidad la reserva de champaña, el grupo entra en animada tertulia. A pesar de su sofisticado aspecto, la condesa resulta ser una mujer amigable y divertida, y los hombres disfrutan tanto de su amena conversación como de su radiante sonrisa. Como más tarde traslucirá con discreción, la aristócrata parece haber encontrado un tibio consuelo a su soledad en las noches frívolas de la Ciudad de la Luz, mientras su marido el conde suda lo indecible en el desierto de Túnez, atrincherado con los restos del *Afrika Korps* tras haber sobrevivido a las dos batallas de El Alamein.

—¡Vaya, conque la Marina...! —exclama Harald tras un rato de intensa charla con su primo—. ¿Qué te parece, Hans? Kurt es de los tuyos; dice que colabora con la *Kriegsmarine*.

—¿Es cierto eso? —se interesa el matemático.

—Bueno, digamos que circunstancialmente —responde Kurt Vogel, quien se ha presentado como abogado de la Norddeutscher Lloyd, una importante naviera de Bremen—. Llevo un tiempo dedicado a gestionar suministros para sus barcos por todo el mundo, aprovechando nuestra red comercial. Ya puedes imaginarte: combustible, víveres, correo...

Hans ha oído rumores sobre una organización secreta llamada *Etappendienst*, ligada al *Abwehr* y destinada a financiar y organizar,

desde países amigos o neutrales, el abastecimiento en el mar de los navíos de guerra, submarinos y corsarios alemanes. Las palabras de Vogel no hacen sino confirmar tales rumores.

—¿Y tú? —pregunta este a su vez.

—Hans proyecta submarinos —le aclara Harald, orgulloso de su amigo—. Es un gran experto.

—¿Eres ingeniero? —pregunta la condesa.

—Matemático.

—¿Matemático? —Vogel parece no entender—. ¿Un matemático diseñando submarinos? Yo creía que os dedicabais a la universidad. Ya sabes: escribir artículos, dar conferencias y todas esas cosas, vaya...

Hans ni se sorprende ni se molesta por la apreciación del abogado. Viene a ser el pan nuestro de cada día para los escasos científicos metidos en un mundillo dominado por hordas de ingenieros. ¡Qué paciencia hay que tener, Señor!

—Cuéntanos a qué te dedicas, Hans —se interesa la condesa.

Martina von Kreuzberg tiene una caída de párpados que ni la mismísima Marlene Dietrich. Ante una petición tal, no cabe sino obedecer.

—Los ingenieros son muy ingeniosos, por lo general —explica Hans como una lección archisabida—. Construyen sencillos algoritmos a base de fórmulas algebraicas, tablas y ábacos que les permiten resolver problemas ciertamente notables. Sin embargo, con determinadas cuestiones complejas las teorías lineales no bastan. En

estos casos resulta necesario desarrollar métodos numéricos sofisticados que permitan obtener soluciones válidas. Ahí es donde entramos en juego los matemáticos: básicamente, proporcionamos a los ingenieros las herramientas que necesitan para hacer su trabajo.

—Supongo que tienes razón —reconoce Vogel—; pero, la verdad, no llego a imaginarme qué tipo de problemas...

La poco frecuente oportunidad de explicar en qué consiste su trabajo parece animar al matemático, que saca de un bolsillo de su chaqueta un lápiz y una pequeña libreta y se lanza a hacer garabatos sobre la misma.

—¡Oh, infinidad de ellos! Imaginaos la inmersión de un submarino, por ejemplo. Parece un asunto trivial, ¿no? Al fin y al cabo, resulta intuitivo que si llenamos los tanques de agua el buque se irá hacia el fondo, mientras que emergerá si los vaciamos de nuevo. En teoría, si queremos llevarlo hasta una profundidad determinada, no tenemos más que lastrar hasta conseguir anular la flotabilidad exactamente a esa profundidad.

»Ahora bien, tomando como densidad del agua marina 1026 kilos por metro cúbico, un submarino como el Tipo VII, de 870 metros cúbicos de carena, desplaza 893 toneladas en inmersión. Me seguís, ¿no? Pero el agua se comprime ligeramente con la profundidad; aproximadamente cuarenta y seis millonésimas por cada diez metros. Eso quiere decir que para descender diez metros nuestro sumergible tiene que aumentar su peso... ¡cuarenta y un kilos! ¿Os imagináis lo difícil que es controlar eso? ¡Cuarenta y un

kilos frente a un desplazamiento de casi novecientas toneladas! Comprenderéis que no basta con burdas aproximaciones en el cálculo de las maniobras de inmersión. Además, hay que tener en cuenta que el casco se contrae a su vez, que se forman burbujas de aire en los tanques, que siempre entra algo de agua por las válvulas... Y estamos hablando de inmersión en reposo. Si encima pretendemos estudiar la inmersión del buque en marcha, a todo eso hay que añadir las resultantes y los momentos de las fuerzas que ejercen los timones, la propulsión, la resistencia hidrodinámica...

De repente, Hans detiene su lección magistral al observar las expresiones de sus acompañantes.

—¿Por qué me miráis de esa forma?

Los otros cuatro se observan entre sí de reojo y prorrumpen simultáneamente en una sonora carcajada. El matemático suspira y deja caer el lápiz sobre la mesa con resignación. Decididamente, la ciencia es cosa de unos pocos.

—¿Sabéis por qué llaman a este sitio *Au Lapin Agile*?... —dice cambiando de tema, lo que provoca un nuevo estallido de risas en el grupo.

A las dos de la mañana, mientras una solista entona lánguidas canciones francesas con el único acompañamiento de su acordeón, cuatro botellas de *Pommery* han pasado a mejor vida en la mesa de los alemanes. Justo cuando Kurt Vogel y la condesa comienzan a insinuar su retirada, Werner Grosse señala extrañado hacia la

entrada, donde un motorista de la *Wermacht* acaba de hacer aparición. El soldado echa un vistazo en derredor con aprensión. Seguramente esperaba encontrar un local repleto de camaradas uniformados.

—¿Qué demonios...?

—¿Puede ser que os busque a alguno de vosotros? —pregunta Vogel extrañado.

—En el hotel siempre dejo una relación de los lugares donde preveo estar, por si el contralmirante Dönitz necesita con urgencia de mis servicios —explica Hans en tono burlón—. Esperad un momento.

El matemático se dirige a la puerta y cruza unas palabras con el motorista, mientras le señala la mesa que ocupan sus amigos. Aquel le entrega un sobre y luego desaparece como alma que lleva el diablo. Por lo visto el mensaje no requiere respuesta. Hans regresa a la mesa y tiende el sobre cerrado a los aviadores.

—Yo tenía razón: en el hotel le han dicho que estaríais conmigo. Es para vosotros dos.

Harald Hartmann toma el sobre y extrae una sencilla hoja de papel con el sello del cuartel general de las fuerzas de ocupación, que lee ante el silencio expectante de los demás.

—Por Dios, ¿qué ocurre, Harald?... —le espeta Werner al ver cómo su amigo demuda el rostro.

El aviador apura de un trago su copa como si necesitase remojar la garganta para poder hablar.

—Friedrich Paulus ha capitulado. ¡Stalingrado ha caído!

—¡Dios mío, el Sexto Ejército! —exclama Werner consternado.

Su compañero asiente. Las cosas no pueden pintar peor.

—Todos los permisos en el Frente Oriental han sido cancelados de forma inmediata por orden del *Führer*. Debemos partir a primera hora, Werner.

* * *

Envuelto en una sencilla toalla anudada a la cintura, Kurt Vogel retoca con mimo la gruesa capa de jabón que le cubre las mejillas y el mentón, antes de decidirse a cambiar la brocha por la navaja de afeitar. Luego comienza a rasurarse con pulso firme, la piel del cuello bien estirada con los dedos de la mano izquierda. Un acto mecánico que no le impide pensar en la interesante charla mantenida con el amigo de Harald, el matemático, durante la velada anterior. Un hombre muy aprovechable, el tal Graf, para llevar a cabo sus planes de futuro. Planes sobre los que cualquier resquicio de duda que le pudiera quedar resultó despejado tras las graves noticias de la noche anterior. Si desde hace tiempo tiene claro que el nazi es el bando equivocado, es posible que, dentro de poco, estar en él salga muy caro. Así que cuanto antes consiga resultados, mejor. Hoy mismo, sin falta, tiene que contactar con Bellangé, su reciente contacto en la Resistencia, para hablarle del matemático. A ver qué

se puede hacer.

Mientras enjuaga la brocha repara a través del espejo en la condesa, que lleva un buen rato sin decir nada. Sumergida en la bañera, Martina von Kreuzberg sopla con aire ausente pequeños copos de espuma que recoge entre sus manos. ¡Dios mío, qué bella es! Incluso recién levantada, con el rostro lavado y el cabello despeinado, resulta la mujer más hermosa y fascinante que ha conocido nunca. A ningún hombre que tenga la fortuna de poseer a una mujer así se le debería exigir que la abandone.

—¿En qué piensas, Martina?

Ella responde con semblante preocupado.

—En esos pobres pilotos que deben regresar hoy a Leningrado. Me resultaron muy simpáticos... ¡Ojalá salgan bien parados!

Luego desvía la mirada hacia la superficie espumosa, como si se avergonzase de lo que va a decir a continuación.

—También pienso en Franz...

El agente del *Abwehr* —para ella un respetable hombre de negocios— se gira extrañado; la condesa no ha hablado nunca de su marido en el tiempo que llevan juntos.

—¿En el conde?

La mujer le hace una seña para que le acerque el albornoz. Luego sale del baño y envuelve su cabello húmedo en una toalla con sorprendente habilidad. Su mirada refleja una determinación que no deja lugar a dudas.

—Debo regresar a Múnich. Si a Franz le ocurriese algo..., si lo

repatriasen... Mi sitio está allí, Kurt.

Vogel se limpia los restos de jabón de la cara y se le acerca, tomándola por los hombros justo a tiempo de ver cómo una lágrima se desliza por su mejilla.

—Esto ha sido una locura, nunca debí venir a París.

—No digas eso, Martina. Si no hubieses venido... Conocerme ha sido lo mejor que me ha pasado en mi vida. ¡Ojalá lo hubiese hecho antes, cuando vivía en Múnich!

El timbre del teléfono interrumpe un beso apasionado de los amantes. El abogado de la Norddeutscher acude a contestar y poco después regresa cariacontecido.

—Parece que todo el mundo se ha puesto a dar órdenes urgentes. Debo estar pasado mañana en Roma.

Así que París se acaba para los dos. Con un nudo en la garganta, Martina von Kreuzberg se abraza con fuerza al hombre con quien ha compartido sus únicos días dichosos desde que comenzó la maldita guerra.

—Ámame, Kurt. Ámame de forma que nunca pueda olvidar este día.

Luna Ross no sabía gran cosa sobre el CNI aparte de que, de vez en cuando, sus siglas aparecían en los telediarios con motivo de algún hecho polémico o luctuoso, normalmente relacionado con la presencia de tropas humanitarias o el secuestro de ciudadanos españoles en el extranjero. También sabía, por antiguos artículos de prensa que recordaba haber leído, que había sido creado a principios de la década del 2000; una indispensable evolución de su antecesor, el CESID, hacia una organización más transparente y eficaz, acorde con las nuevas amenazas a las que el estado debía hacer frente. Precisamente esto último se había reflejado, a raíz de los infaustos atentados de marzo de 2004 en Madrid, en la conversión de la lucha contra el terrorismo internacional en uno de los ejes principales de su orientación estratégica.

—¿Quieres decir que nos han convocado a una reunión en la sede del espionaje español?... —La fotógrafa no pudo evitar una expresión de incredulidad—. ¿A ti y a mí?

Salvador Miró se encogió de hombros. Para él también resultaba difícil de comprender.

—Ayer por la tarde recibí una llamada en el despacho. Se trataba de un alto cargo del Ministerio de Cultura, conocido mío, para ponerme sobre aviso de que iba a ser telefonado desde Defensa

en relación con un asunto de carácter reservado, algo en lo que ambos departamentos se hallaban involucrados, y para rogarme encarecidamente que lo atendiese con prioridad. Por si no lo sabes, mantenemos excelentes relaciones con Cultura, que es un importante cliente de nuestra actividad editorial; así que acepté de buen grado la encomienda.

»Al cuarto de hora me llamaba nada menos que Estrella Benlliure, directora de gabinete de la ministra de Defensa. Me dijo que necesitaban la cooperación de nuestra empresa en una cuestión de Estado. Naturalmente, traté de indagar sobre su naturaleza, pero me remitió a una reunión de hoy en el CNI donde se nos daría cumplida información. En cuanto a qué se espera de nosotros, en eso fue más explícita: desean, o mejor dicho, *necesitan* —esas fueron sus palabras— que una de nuestras fotografías haga un reportaje para ellos: tú.

—¡Jopé, Salvador!, me dejas patidifusa. Menos mal que solo me das un susto de estos cada ocho años...

Salvador Miró recordó con una sonrisa la reacción de Luna el día que le transmitió la petición de Orxon Capital de que realizase en exclusiva el proyecto completo de los parques catalanes.

—Como puedes imaginar, llegados a ese punto traté de proponerle la intervención de cualquier otro de mis mejores fotógrafos, aduciendo una compleja situación personal en tu caso; ya sabes: vida apartada, familia numerosa, año sabático... Pero la señora Benlliure no me hizo caso. Parecía estar al cabo de esos detalles e

insistió en que solo podías ser tú quien se ocupase. Me rogó que hiciese el mayor esfuerzo posible por acudir contigo, y dijo que en la reunión de hoy entenderíamos los motivos. También me pidió que no te diese más detalles hasta estar seguro de que asistirías. Ya ves tú qué detalles te podía dar... En fin, ese es el motivo por el que ayer no te comenté nada sobre el CNI.

Luna contempló pensativa cómo la ribera del río Manzanares se deslizaba al otro lado de la ventanilla del *Mercedes*.

—¡Ufff! —suspiró al fin—. No me imagino qué puede querer esa gente, pero tanto secreto... Francamente, esto huele a encerrona, ¿no te parece?

Salvador Miró le dedicó una mirada amistosa.

—Mira, Luna, la verdad es que yo tampoco tengo ni idea de qué va todo esto; pero quiero que sepas que, decidas lo que decidas hacer, tienes todo mi apoyo. —Luego hizo un gesto como si espantase una mosca con la mano—. En fin, no dramaticemos; lo más seguro es que se trate de alguna sencilla comisión, bien pagada con cargo a los fondos reservados, ya sabes... —bromeó, arqueando las cejas.

—Sí, claro —sonrió ella—... En cualquier caso, gracias por haber tratado de mantenerme al margen, Salvador. La verdad es que ahora estoy liadísima con un proyecto muy importante para mí, y va a ser difícil que esta gente consiga distraerme.

—¿Ah, sí? Cuéntame, cuéntame...

* * *

—... El CNI emplea a unos tres mil quinientos funcionarios, de los cuales aproximadamente dos tercios trabajan aquí, en *la Casa*, como denominamos nosotros a la central. Los demás están distribuidos en diferentes dependencias por todo el territorio nacional, salvo un seis o siete por ciento de ellos, destinados en el extranjero. La organización está adscrita al Ministerio de Defensa, pero durante la última década se ha hecho un importante esfuerzo por acentuar su carácter no militar. Actualmente contamos con un sesenta por ciento de personal civil; el resto pertenece a las Fuerzas Armadas, Policía Nacional y Guardia Civil...

Virginia Reyes era más bien bajita y poco estilizada —por decirlo de forma benévola—, aunque de rostro agradable y risueño, parapetado tras unas gafas de pasta rectangulares y estrechas muy a la última. A Luna le pareció que para nada tenía pinta de agente secreta; al menos de esas a las que Hollywood le tiene a uno acostumbrado: mujeres fatales de tipo increíble y mirada seductora, capaces de la más inverosímil acrobacia sin arrugarse el vestido de noche o sin desplomarse de unos imposibles tacones de aguja. La funcionaria, que se había presentado como analista de inteligencia, los había recibido en nombre del director técnico del Centro, quien se disculpaba por un pequeño retraso a causa de una videoconferencia con Afganistán, y les había propuesto hacer una visita al complejo para entretener la espera. Ahora, tras haberles mostrado el

monumento a los ocho agentes caídos en servicio en Irak durante el año 2003 y mientras paseaban por los cuidados jardines, Virginia Reyes desgranaba una letanía de datos sobre la organización.

—¿Hay muchas mujeres en el CNI? —quiso saber Luna.

—No podemos quejarnos —respondió la agente sin ocultar su satisfacción—. El personal femenino se ha ido incrementando hasta superar actualmente el treinta por ciento. Miren, el edificio que tenemos delante es el más moderno del complejo. Lo llamamos el *Hexágono* en nuestro argot, aunque francamente —esbozó una sonrisa cómplice—, su tamaño no tiene nada que ver con el del *Pentágono*. En él se hallan las dependencias de las nuevas unidades creadas contra el terrorismo de origen islamista tras los atentados del 11S y del 11M, y en su azotea hay un moderno helipuerto para altos mandos, personalidades y demás...

Una llamada a su móvil interrumpió la disertación de Virginia Reyes. Todo se hallaba listo para la reunión.

* * *

De gesto circunspecto y maneras educadas, Joaquín Aguilera parecía más de los que imponen su autoridad a base de sentido común que de los que mandan por mandar. La clase de hombre que se esfuerza por ganar la confianza de sus subordinados; algo seguramente nada trivial en un puesto en el que todas las actividades del espionaje español se hallaban bajo su responsabilidad directa.

—Señor Miró, Señora Ross..., les agradezco enormemente que hayan acudido a esta reunión; y les reitero mis disculpas por el retraso. La situación en Afganistán es delicada, y todos nuestros esfuerzos al respecto son pocos. En fin, ya conocen a la señorita Reyes, de nuestra Subdirección de Inteligencia. Permítanme que les presente a la señora Helen Scherer, del *Bundesnachrichtendienst*, el Servicio Federal de Inteligencia Alemán o BND, para entendernos; y al señor Mario Estévez, del Ministerio de Cultura. Por favor, tomen asiento.

Se hallaban en una amplia sala de reuniones, ante una gran mesa central ovalada rodeada por dos docenas de confortables butacas. La sala estaba presidida por un retrato de Su Majestad el Rey de España, flanqueado por una enseña nacional y otra con el emblema del CNI. Dos grandes monitores de pantalla plana, colgados de la pared, reproducían las pantallas de sendos ordenadores portátiles que Helen Scherer y Virginia Reyes habían desplegado ante ellas.

—Tan solo una pequeña formalidad antes de comenzar —añadió Aguilera—: la de recordarles que todo lo que se hable en esta sala, sean cuales sean las decisiones que se tomen, es materia reservada; y, como tal, está sujeta a la Ley de Secretos Oficiales.

El director técnico había dicho aquello sin mirar a nadie en especial, pero parecía claro que solo podía estar dirigido a las dos personas ajenas a la cultura de Inteligencia. Luna se revolvió incómoda en su silla. Había tenido la percepción de que la visita a las

modernas instalaciones del Centro era una estudiada maniobra para causarles a Miró y a ella una impresión favorable. Tanta tecnología de última generación, tantas personas abnegadas al servicio de la seguridad nacional... Aquello no podía dejar a nadie indiferente. Antes al contrario, creaba en el visitante una inevitable disposición a ser útil a la sociedad; a ayudar a defenderla del narcotráfico, el terrorismo, el blanqueo de divisas, la trata de blancas, la inmigración ilegal y cualquier otra lacra que pudiese amenazar su estabilidad o su conciencia.

Y ahora, el secretismo; el seductor mensaje de compartir acceso a una información privilegiada, lejos del alcance del común de los mortales... En fin, a ver de qué iba todo aquello. De formas orondas y perilla gris, fue Mario Estévez quien tomó en primer lugar, con la venia del director, la palabra.

—Hace cosa de un año, nuestro ministerio recibió una solicitud de permiso para la prospección de un pecio situado en aguas españolas. Concretamente el de un submarino alemán hundido durante la Segunda Guerra Mundial. El solicitante era la compañía *Deepwater Frontier*, con sede social en Bahamas. Esta empresa posee un largo historial de exploraciones subacuáticas, algunas de ellas controvertidas y que acabaron en los tribunales bajo acusaciones de expolio del patrimonio arqueológico. Según el expediente, el pecio en cuestión correspondía al —Estévez se ajustó unas lentes de présbita y consultó sus papeles—... *U817*, un submarino del Tipo IXC adaptado para misiones de transporte, que

regresaba a su base de La Rochelle en el transcurso de una misión. El 6 de marzo de 1943, cuando se disponía a entrar en el puerto de Vigo para reavituallarse, una práctica habitual dentro de la política de tolerancia de Franco para con el régimen nazi, el submarino fue atacado por un avión del Mando Costero de la *RAF*. Al parecer sufrió graves desperfectos, y una vía de agua lo suficientemente importante como para que su comandante ordenase abandonar el buque. Los cuarenta y nueve tripulantes fueron rescatados por dos pesqueros que faenaban cerca, poco después de embarcar en los botes salvavidas y echar a pique el *U817* con su valiosa carga: doscientas cincuenta toneladas de níquel colombiano que la industria de armamento del Reich pensaba emplear en la producción de acero inoxidable.

»Como pueden imaginar, a *Deepwater Frontier* no la mueve en absoluto un interés científico o cultural por el pecio. La cotización del níquel en el mercado internacional ha venido fluctuando en los últimos años entre los cinco y los veintitrés dólares por libra, lo que para el botín sumergido podría representar, si se sabe aprovechar bien la coyuntura, la nada despreciable cifra de hasta doce millones de dólares.

»Ustedes recordarán, sin duda, el expolio en 2007, por parte de la compañía *Odyssey*, de la fragata *Nuestra Señora de las Mercedes*, hundida por los británicos en 1804 frente a la costa del Algarve. Entonces fueron extraídas medio millón de monedas de oro y plata sin permiso y sin conocimiento del estado español. Aquel caso, aunque finalmente resuelto a favor nuestro, tuvo una gran

repercusión mediática, y todavía permanecen abiertas las heridas que dejó en nuestro país, donde los poderes públicos fallaron por activa y por pasiva para evitar el saqueo. Sin embargo, sirvió al menos para concienciar al Gobierno de la importancia del tema y para que elaborase una estrategia para la búsqueda, protección y rescate del patrimonio sumergido. También endureció nuestra postura a la hora de vigilar y permitir hipotéticas actividades de cazatesoros, por lo que, en el caso del *U817*, *Deepwater Frontier* no ha tenido más remedio que esperar al dictamen de nuestro departamento.

»No obstante, este caso es muy diferente al de la fragata *Mercedes*. Por un lado, al tratarse de un buque de construcción moderna, no existe un patrimonio arqueológico propiamente dicho que proteger; tampoco el cargamento, una mera materia prima, lo es. Por otro lado, tanto el submarino como su carga pertenecen a Alemania y están protegidos por el principio de inmunidad soberana. Así lo reconoce el estado español, puesto que es el argumento con que nosotros tratamos de defender nuestros pecios en cualquier lugar del mundo. Como consecuencia, el Ministerio de Cultura redirigió la solicitud de *Deepwater* hacia el Gobierno alemán y quedó a la expectativa de la decisión que este pudiese tomar. Recientemente tuvimos noticia de que se había llegado a un acuerdo entre ambas partes, por el que la empresa cazatesoros podría extraer y vender la carga del *U817*. En cuanto a España, se limitará a otorgar los oportunos permisos y licencias, por lo que nuestro querido socio de la Unión Europea nos quedará profundamente agradecido.

»Bien, esta es la situación a día de hoy, con el comienzo de las operaciones por parte de *Deepwater Frontier* previsto para mediados de junio, a fin de aprovechar el buen tiempo veraniego. —Mario Estévez pareció relajarse y se repantigó hacia atrás en su silla—. Creo que es el turno de la señora Scherer; si a usted le parece bien, señor director.

Joaquín Aguilera asintió satisfecho y consultó a sus invitados si tenían alguna pregunta antes de proseguir. Luna Ross y Salvador Miró seguían la reunión expectantes. Todo aquello resultaba sin duda muy curioso, pero no aportaba el menor indicio de por qué se encontraban allí; así que, de momento, prefirieron reservarse y aguardar acontecimientos. Aguilera cedió la palabra a la representante del BND.

—Helen, por favor...

—Gracias, director. Tal como ha dicho el señor Estévez, el Gobierno alemán recibió la documentación del caso hace varios meses. Dada la naturaleza militar del pecio, se encargó a la *Deutsche Marine* la evaluación del expediente, así como la eventual formalización de un convenio con *Deepwater Frontier* para el rescate de la carga.

Luna se sorprendió del buen dominio del español que exhibía Helen Scherer, una mujer más o menos de su edad. Maquillaje, peluquería, traje sastre..., todo en ella rezumaba discreción, calidad y buen gusto. Salvo por un ligero, pero inconfundible acento, cualquiera podría haberla tomado por una ejecutiva del Paseo de La

Castellana. Sabía que algunas se las apañaban para estar así de estupendas incluso con tres mocosos de los que cuidar por la noche, aunque sospechó que ese no era el caso de Frau Scherer. Luna se miró las uñas con disimulo y suspiró, entrelazando las manos sobre sus rodillas por debajo de la mesa. Y pensar que ella no había tenido tiempo aquella semana ni de hacerse la manicura...

—Una de las primeras medidas que se tomaron —continuaba la agente alemana— fue la de solicitar a nuestro Servicio de Inteligencia un informe sobre las actividades de la compañía *Deepwater*. No fue muy complicado, pues la prensa internacional se ha hecho eco en los últimos años de numerosas noticias sobre la misma y sobre su buque de rescate, el *Aqualung*. Siempre en tono polémico o conflictivo: exploraciones ilegales, litigios por expolio, ingeniería financiera... Estas empresas operan desde bases de conveniencia, normalmente paraísos fiscales como Bahamas en el Caribe o Gibraltar en el Mediterráneo. Su método suele ser siempre el mismo: bajo una cobertura de interés arqueológico, bucean primero en los archivos nacionales que los países democráticos ponemos graciosamente a su disposición —miró de reojo a Estévez, quien asintió con un mohín resignado—, y luego exploran el fondo marino con las más modernas tecnologías. Cuando efectúan un hallazgo, arrasan el pecio sin preocuparse de su valor arqueológico intrínseco; el único método científico que conocen es el de extraer a toda costa el mayor número posible de objetos de valor. Luego los ponen a la venta en el mercado negro, o tratan de negociar con el país

que es su verdadero dueño una importante compensación económica por su devolución. En fin, como pueden ver, una reputación más que dudosa, pero ganada a conciencia.

Joaquín Aguilera se percató de que Luna fruncía el ceño tras las palabras de Helen Scherer.

—¿Alguna duda, señora Ross? Por favor, siéntase libre para preguntar en cualquier momento lo que desee.

—Gracias, señor Aguilera. No es nada, es solo que... Lo siento, señora Scherer; yo no sé nada sobre estos asuntos. En realidad, ni siquiera sé por qué estoy aquí. Es posible que parezca ingenua, pero, después de lo que ha contado usted sobre *Deepwater Frontier*, no me explico cómo su Gobierno puede haber hecho un trato con ellos.

Esta vez fue la agente del BND quien compuso un gesto de impotencia antes de responder.

—Es un comentario muy pertinente por su parte, señora Ross, al que por desgracia no puedo dar respuesta. La misión de la Inteligencia es recopilar, analizar y suministrar información a su Gobierno, que es quien toma las decisiones. Naturalmente, estas no tienen por qué ser acertadas, pero esa ya es otra cuestión. En cuanto al caso del *U817*, no parecían darse ninguna de las circunstancias que les he descrito anteriormente: el buque estaba perfectamente identificado, así como la composición y cantidad de su carga, por lo que no había posibilidad alguna de fraude. Además, *Deepwater Frontier* consintió en depositar ante el Gobierno español una fianza para cubrir sus responsabilidades. Supongo que todo eso constituyó

una garantía suficiente.

Helen Scherer hizo ademán de continuar, pero esta vez era Salvador Miró quien parecía tener una pregunta.

—Discúlpeme ustedes —intervino este—. Verán, el señor Estévez ha mencionado antes un valor de la carga de unos doce millones de dólares; eso tirando por lo alto. A un cambio medio, pongamos que sean nueve millones de euros. La verdad, no acierto a comprender. No me parece una suma como para convertirla en un asunto de Estado, y... —Pareció dudar sobre qué palabras emplear a continuación. Luego hizo con su brazo un ademán vago, como queriendo abarcar toda la mesa—. Y mucho menos como para todo este... ejem, despliegue de Inteligencia. Mi memoria ya no es la que solía ser, pero me suena la cifra de 350 millones de euros como valor del tesoro de la *Nuestra Señora de las Mercedes*. En realidad, me pregunto si un botín de ocho o nueve millones de euros justificaría siquiera una operación de rescate de esta envergadura.

Helen Scherer y Virginia Reyes intercambiaron una mirada de complicidad. Antes de que la alemana pudiese responder, Joaquín Aguilera se irguió sobre su asiento con una expresión que dejaba traslucir cierta complacencia. Para Luna estaba claro que Miró había dado en el clavo. A fin de cuentas, al director técnico del espionaje español debería satisfacerle relacionarse con personas tan perspicaces como el director general del grupo Aire.

—No creo que deba preocuparse por su memoria, don Salvador; es magnífica. Y no, los nueve millones no justificarían la

operación. De hecho, estamos convencidos de que el *U817* no es más que la tapadera de otra operación mucho más lucrativa para *Deepwater Frontier*. Y presuntamente ilegal.

Sophie Chatillon odia a los nazis como no es posible imaginar. Ellos han traído el sufrimiento y la desgracia a Francia tras extender por media Europa su semilla de maldad. Fue resistiéndoles como perdió a su hermano Gustave, desangrado en alguna trinchera del Mosa mientras disparaba sin esperanza su fusil contra los *Panzers*. Eso ocurría unos días antes de que el más afortunado Henri, el pequeño de la familia, escapase de milagro del infierno de Dunkerque después de proteger ante sus playas, junto con un puñado de héroes, la retirada de los últimos británicos. Ahora se encuentra a salvo, acuartelado al otro lado del Canal de la Mancha, aguardando impaciente la ocasión de liberar a su patria y poder abrazar de nuevo a los suyos.

Para colmo de males, su padre, activo miembro del comité local del Partido Comunista, tuvo que huir para evitar ser deportado, dejándola sola al cuidado de una madre enferma y deshecha por la pena. Las últimas noticias de Lucien Chatillon, acogido por una familia de correligionarios en un pueblo de Provenza donde va tirando mal que bien, llegaron hace ya más de seis meses y no se ha vuelto a saber de él.

Sí, los alemanes han arruinado su mundo, desmembrado su familia y acabado con sus ilusiones. Para Sophie, contra ellos no

cabe otra cosa que la resistencia o la muerte. Y a tal empresa decidió dedicarse en cuerpo y alma el mismo día en que algunas mujeres de su barrio comenzaron a organizarse en los primeros comités antinazis.

«Gánate su confianza, puede ser importante», le ha dicho Marcel Bellangé, el jefe local de la Resistencia, respecto al joven alemán que a diario viene a la biblioteca a empaparse de vetustos tratados científicos. Pero Sophie no puede evitar el recuerdo de sus hermanos cada vez que Hans Graf le dirige la palabra, por lo que le resulta imposible tratarlo de forma amistosa. Y sin embargo, tampoco consigue odiarlo como quisiera, aunque le cueste admitirlo. Eso es lo que más la irrita. A pesar de que lleva dos años y medio entrenando cada día para abominar de los nazis y de todo lo que representan, con el matemático la cosa no es tan sencilla. Lo sería, desde luego, si él la tratase con superioridad o desprecio, como los otros; pero no. Hans no solo se empeña en resultar amable y educado, sino que además no parece molestarse cada vez que ella le echa en cara su condición de invasor. O al menos lo disimula bien, como si de algún modo se sintiese culpable. Por si fuera poco, a Sophie le intriga la obsesión del joven por las matemáticas, esa ciencia tan lejos de su alcance. Alguna tarde, después de su marcha, se ha detenido a hojear los antiguos volúmenes devueltos al mostrador. ¡Pero si es que no sería capaz de decir si están boca arriba o boca abajo!... No hay duda de que Hans Graf tiene una mente privilegiada. Y buena planta, facciones regulares y armoniosas,

aspecto saludable... Un compendio de virtudes que imprimen ritmo a su corazón cada vez que se le acerca. Ni siquiera ella puede engañarse a sí misma sobre lo que todo eso significa. Y la atribulada bibliotecaria se desespera cuando se descubre pensando que quizá Hans no sea como los demás nazis; los que mataron a Gustave, obligaron a Henri y a su padre a exiliarse y ahora hacen que su madre se consuma lentamente de dolor.

Mientras devuelve algunos libros a sus anaqueles, Sophie observa con disimulo cómo Hans Graf toma notas ante las últimas páginas del extraño libro que parece tenerlo abducido desde hace varios días, y se da cuenta de que quizá no le quede mucho tiempo para cumplir las órdenes de su enlace con la Resistencia.

* * *

Sea un suceso aleatorio x que puede tomar m valores diferentes. Supongamos que se han realizado n extracciones y expresemos la probabilidad de x en la siguiente extracción como:

$$P_{n+1}(x) = a_1 F_1(x) + a_2 F_2(x) + \dots + a_n F_n(x)$$

donde $F_i(x)$ denota la frecuencia de ocurrencia del valor x después de las primeras i extracciones...

Lo que en realidad Hans Graf más deseaba antes de estallar la guerra era convertirse en discípulo de Andrei Nikoláyevich

Kolmogórov. En 1933, el célebre matemático ruso había elaborado una definición axiomática de probabilidad y la había publicado en sus *Fundamentos de la teoría de probabilidades*. Dicha obra, escrita en alemán, cayó en manos de Hans en sus tiempos de Friburgo, cuando despertaba su interés por la estadística. El joven quedó impresionado por el potencial de las ideas de Kolmogórov para superar las carencias y contradicciones inherentes a las definiciones clásica y frecuentista de probabilidad. A raíz de aquella primera toma de contacto, Hans se dedicó a profundizar por su cuenta en la materia, comprendiendo que las nuevas ideas abrían por delante un inmenso campo en todas las ramas de la ciencia y de la técnica. Cuando se graduó en la Universidad de Friburgo con *summa cum laude*, cursó una solicitud para ser admitido en el Instituto Steklov de Matemáticas, en Moscú, donde Kolmogórov dirigía el Departamento de Probabilidad y Estadística. Era el verano de 1939. A finales de agosto recibió una carta de Moscú en la que se le invitaba a colaborar con el equipo del profesor ruso. Un sueño que duró tan solo unos días; exactamente hasta el uno de septiembre, cuando las fuerzas armadas alemanas cruzaron la frontera polaca. Alemania estaba en guerra, y poco después los rusos se unían al festín de Polonia. Aunque por aquel entonces existía buena sintonía entre Hitler y Stalin con el recientemente firmado Pacto de No Agresión, Hans Graf, con las maletas prácticamente hechas, nunca llegó a recibir su visado para Rusia. En su lugar le fue entregada una citación para que se presentase en el OKM en Berlín. Sumido en una contradictoria

mezcla de frustración y orgullo, Hans no dudó —tampoco tuvo más remedio— en acatar un destino que se interponía, cual barrera infranqueable, en su brillante carrera académica. Había llegado el momento de servir a su *Führer* y al Reich.

... entonces, para cada valor posible m de x , podemos establecer el siguiente sistema de m ecuaciones:

$$P_{n+1}(x_j) = a_{1j}F_{1j}(x_j) + a_{2j}F_{2j}(x_j) + \dots + a_{nj}F_{nj}(x_j)$$

para $j=1, 2, \dots, m, \dots$

Pero el manuscrito de Guy de Girardy ha despertado de forma imprevista y repentina su pasión por la ciencia estadística, hasta el punto de hacerle descuidar sus deberes para con el OKM. No es que le importe, pues tiene en mente un desarrollo numérico para el cálculo diferencial de un anillo elíptico sometido a presión hidrostática que permitirá a los ingenieros realizar un diseño preciso de las cuadernas. Pero eso ya tendrá tiempo de plasmarlo cuando esté de vuelta en Berlín. Ahora lo que necesita es comprender las ideas de Girardy; y para ello el tiempo resulta precioso, pues sospecha que no tardarán en ordenarle regresar.

Por ese motivo, Hans no ha vuelto a disfrutar de las delicias de la noche parisién desde que Harald y Werner tuvieron que partir apresuradamente. Fue una despedida breve, al pie de las esbeltas columnas de fundición de la *Gare du Nord*, en la que los tres amigos se prometieron regresar a París después de la guerra sin que ninguno

de ellos creyese, en realidad, que la guerra fuese a ser tan clemente como para tal cosa. Desde entonces el matemático dedica el día completo al estudio de la extraña teoría de Guy de Girardy. A primera hora de la mañana ya está en el *Institut de France*, copiando en su cuaderno las notas manuscritas en los márgenes del Laplace y desarrollándolas con sus propios apuntes. Así pasa las horas, sin levantarse prácticamente de la silla, tratando de entender las sutilezas del método y de tejer alambicados razonamientos que luego repasará por la noche en su hotel hasta caer rendido por el sueño. No es que le cueste entender los conceptos del francés, que, por muy avanzados que fuesen a principios del XIX, resultan transparentes para un matemático con su moderna formación; lo que ocurre es que Hans ha ido considerando nuevas dimensiones del problema y recreando su propia interpretación del mismo, mucho más poderosa de lo que el aspirante a la *Académie des sciences* estaba en condiciones de llegar a imaginar.

... El problema estriba en encontrar los coeficientes a_{ij} , lo que obliga a resolver un sistema de ecuaciones de tantos términos como extracciones se hayan realizado. Ahora bien, cuanto mayor sea su número (es decir, n), tanto mayor será la precisión con que los coeficientes obtenidos representen la probabilidad de x en la siguiente...

... la probabilidad de x en la siguiente...

... en la siguiente...

—¿Se encuentra bien?

Hans abre los ojos sobresaltado. Sophie se le ha acercado y ha hablado justo en el momento en que daba una cabezada de puro agotamiento.

—No parece que se encuentre bien —confirma ella sin esperar respuesta—. Debería descansar, tiene un aspecto fatal.

—No es nada, solo un poco de cansancio.

Él acompaña su réplica con una mueca displicente, pero, lejos de molestarle, la bibliotecaria le dedica una sonrisa que lo confunde. Es la primera vez que lo hace abiertamente desde que se conocen. Hans se frota los ojos y el rostro, tratando de disimular un leve rubor. Lo único que ha llegado a distraerlo de su tarea en los últimos días ha sido la presencia cercana de Sophie, que lo turba hasta tal punto que a veces se despista y pierde el hilo del trabajo. Después de la tirantez con que se despidieron el primer día y de alguna que otra tentativa fallida de entablar conversación, el alemán no se ha atrevido a abordarla de nuevo, más allá del escueto intercambio de frases corteses cada vez que necesita de sus servicios. Sin embargo, esta vez la muchacha no parece en pie de guerra. De forma inesperada, toma una silla y se sienta a su lado muy derecha, alisando su falda por encima de las rodillas con gesto recatado. Unas rodillas que Hans imagina tan bonitas como lo demás.

—Estás obsesionado con ese libro —dispara Sophie a bocajarro, tuteándolo—. ¿Por qué es tan importante?

Sorprendido, Hans se queda mirándola unos instantes. Es una

buena pregunta, que se merece una respuesta adecuada; aunque solo sea para que él mismo entienda el porqué. Lo que ocurre es que no está seguro de que ella pueda hacerlo.

—Porque trata de matemáticas puras. Unas matemáticas con doscientos años de antigüedad, pero que hoy en día mantienen toda su vigencia. O al menos eso creo. Verás, Sophie, las matemáticas son la base de todo el saber universal; son exactas e inmutables, como una verdad absoluta. La única verdad absoluta, en realidad...

—¿La única?

De nuevo esa encantadora sonrisa.

—Sí. Fíjate en cualquier otra rama del conocimiento científico: la física, la química, la astronomía... Todas ellas son ciencias que utilizan las matemáticas como herramienta fundamental. Normalmente evolucionan a base de superar teorías comúnmente aceptadas como definitivas, como ha ocurrido con la mecánica cuántica, la estructura del átomo o la configuración del universo. Cada vez que una idea parece concluyente, llega un nuevo descubrimiento que la deja obsoleta. O que obliga, al menos, a replantearse las bases del conocimiento. Sin embargo, con las matemáticas es diferente. Los pilares que establecieron los clásicos como Pitágoras, Euclides o Arquímedes son bases sólidas sobre las que hemos ido construyendo el edificio matemático. Cada vez que desarrollamos una nueva teoría, añadimos otro ladrillo; pero no hemos tenido nunca que modificar ni un ápice los fundamentos. Sencillamente, porque son una verdad incuestionable.

—Vaya —dice ella, abrumada—, creía que Dios era la única verdad esencial...

Hans se encoge de hombros.

—Eso es otra cuestión: una cuestión de fe. La fe permite creer en Dios sin que nadie haya demostrado su existencia. Para creer en las matemáticas, por el contrario, no es necesario tener fe; tan solo entender las demostraciones.

Sophie señala el texto de Laplace al tiempo que suelta una alegre carcajada.

—Entonces seguiré creyendo en Dios, porque lo que es entender todas esas ecuaciones...

Los dos ríen con ganas, y Hans siente como si algún tipo de barrera invisible hubiese caído entre ellos. Definitivamente, Sophie no es como las chicas con las que los nazis van a los cabarets. Ella es distinta, y él, de repente, siente un impulso irresistible.

—*Du bist sehr schön.*

—¿Perdón?

—He dicho que es muy bella. La... la sala esta, quiero decir...

Sophie, que ha captado la intención original, desvía la mirada avergonzada. Luego mira a su alrededor y se encoge de hombros. Para ella, aquella estancia no es más que un lugar con las paredes ocultas tras infinidad de libros antiguos.

—No sé. Es verdad que este sitio transmite una gran paz, un sosiego que no se respira fuera; pero lo verdaderamente bonito del *Institut*, para mí, es la cúpula. ¿La has visto por dentro?

Ante la negativa de Hans, la chica se ofrece a mostrársela. Mientras recorren los pasillos del noble edificio, le cuenta su historia con entusiasmo: su construcción por Louis Le Vau, arquitecto predilecto de Luis XIV, como *Collège des Quatre-Nations* por voluntad del cardenal Mazarino, quien legó su biblioteca y parte de su fortuna para este fin; la creación por Napoleón Bonaparte del *Institut de France* como ente aglutinador de las cinco Academias francesas y su posterior instalación en el edificio; la transformación de la capilla original, situada bajo la cúpula —una admirable combinación del clasicismo y el barroco—, en salón de sesiones plenarias, donde los académicos vestidos con toga ocupan sus sillones verdes...

Escuchando a Sophie hablar con tanta devoción de la historia del *Institut* y de su país, Hans no deja de repetirse las mismas preguntas que se viene haciendo desde que la conociera: ¿dónde vive?, ¿cómo es su familia?, ¿está prometida?... ¿Y si...? —¡Dios mío!, solo de pensarlo le invade una profunda desazón—. ¿Y si es judía? Sería inconcebible que él y una judía... Pero no. Si lo fuese, hace tiempo que ya no estaría en París. A buen seguro que las SS habrían dado con ella y la habrían deportado a esos campos de... De trabajo, sí. Ahí es donde deben de estar los judíos, sin duda, separados del resto de la gente normal. Sin embargo, la sola idea de que Sophie pudiera ser enviada a uno de esos sitios lo espanta. La encantadora bibliotecaria no es como las demás mujeres que conoce, y él no puede evitar sentir que, poco a poco, se está prendando de

ella.

Porque para Hans, Sophie Chatillon no es solo un rostro hermoso y un talle esbelto. Hay un permanente desafío en su mirada, altiva como un océano embravecido al que uno tuviera que arrojarse desnudo; pero también, en la comisura de sus labios carnosos, hay la promesa de un placer indescriptible para aquél que consiga salir a flote. Al fin y al cabo, ¿qué hombre con un coeficiente intelectual de 178 se conformaría con una mujer dócil, pudiendo complicarse la vida con un espíritu rebelde e indómito?

Bajo la monumental cúpula que acoge el *parlement des savants* desde los tiempos imperiales, a solas con esa mujer que lo está hechizando sin remisión, Hans Graf decide hacer lo que cualquier hombre de su edad y condición debe en tales circunstancias.

—¿Sabes una cosa? Creo que tienes razón; necesito descansar un poco. Me preguntaba si... En fin, no te lo tomes a mal, pero... ¿te gustaría ir a ver una película?

Esta vez Sophie no lanza ningún resoplido hostil. El recuerdo de las órdenes de Marcel Bellangé le hace morderse los labios, y se limita a bajar los párpados y a contestar con un susurro.

—No, al cine no me apetece ir; pero podemos dar un paseo, si quieres.

—En realidad —continuó Helen Scherer—, en la época en que *Deepwater Frontier* realizó sus primeras prospecciones y solicitó el permiso al Ministerio de Cultura español, el precio del níquel se hallaba más próximo a los diez dólares por libra que a los veinte, con lo que las expectativas serían más bien de cuatro o cinco millones de euros. Como bien ha dicho el señor Miró, una cantidad así apenas basta para cubrir el coste de un buque como el *Aqualung*, repleto de la más sofisticada tecnología, y del equipo de especialistas necesario para la operación. Precisamente esto, el *escaso* valor de la carga del *U817* —la mujer arqueó simultáneamente los dedos índice y medio de ambas manos en un expresivo gesto—, fue lo que llamó la atención de nuestros analistas. Así que tratamos por todos los medios de verificar la historia de *Deepwater*. Lo primero que hicimos fue contrastar la posición del pecio con el mapa de hundimientos de los *U-boote*...

—¿Mapa de hundimientos? —se extrañó Luna.

—Oh, se conocen con bastante exactitud las coordenadas donde fueron hundidos casi todos los submarinos alemanes de la Segunda Guerra Mundial.

Helen Scherer tecleó en su ordenador. Uno de los monitores colgados de la pared mostró una vista del globo terráqueo desde el

espacio, con su centro ocupado por la Península Ibérica. Conforme lo fue acercando, el globo comenzó a mostrar una infinidad de puntos de diversos colores esparcidos por todo el océano, principalmente en el Atlántico Norte y alrededor de las costas occidentales de Europa. A cada punto estaba asociada una identificación, siempre una «U» seguida de varios dígitos.

Salvador Miró lanzó un resoplido. Lo más que sabía él del papel de los submarinos en las dos guerras mundiales era lo que recordaba haber visto en el cine: la lucha épica de unos puñados de hombres hacinados en espacios claustrofóbicos, en precarias condiciones de higiene y confort, siempre atenazados por la tensión del combate y el miedo a perecer ahogados. Si todos aquellos puntos eran submarinos hundidos, la brutal realidad de la guerra superaba con mucho cualquier ficción cinematográfica.

—¿Todos esos? —dijo con una mezcla de incredulidad y aprensión.

Curada de espanto, Helen Scherer se encogió de hombros. Ella hacía tiempo que se había hecho la misma pregunta, para luego averiguar que, si se hiciese un mapa similar de los buques hundidos por aquellos submarinos, habría extensas zonas del océano donde no se vería el azul del mar.

—757 para ser exactos, aunque aquí faltan algunos. Como les decía, se comprobó que la posición del *U817* dada por *Deepwater Frontier* correspondía con la registrada en el mapa —la agente acercó en la pantalla la parte noroccidental de la Península, donde

había un cuadradito de color amarillo pegado a la costa, a la altura de la ría de Vigo—, así como que no había ningún otro pecio en los alrededores con el que los cazatesoros pudieran haberlo confundido. Pero el más próximo es el *U134*, hundido veintiséis millas mar adentro —señaló otra marca, esta de color rosa y a mayor distancia de la costa—, así que no existía tal posibilidad. También se corroboró, gracias al manifiesto del *U817* que se conserva en el *Bundesarchiv*, nuestros archivos nacionales, que su carga se correspondía con el níquel declarado por la *Deepwater*.

»Así pues, a pesar de que la cuestión económica seguía sin cuadrar, todo lo demás parecía en orden. Sin embargo, persuadidos de que el *Aqualung* tenía que haber encontrado algo más que níquel, no nos dimos por vencidos. Hicimos que el BND solicitase oficialmente al CNI un informe sobre los movimientos del buque cazatesoros durante su estancia en las costas gallegas. La señorita Reyes hizo un magnífico trabajo al respecto.

Helen Scherer hizo un ademán hacia su colega española. Como si fuese parte de un guion preestablecido, Virginia Reyes tomó la palabra para continuar con su parte de la narración.

—Gracias, Helen. En realidad, fue sencillo reconstruir los movimientos del *Aqualung* durante el tiempo que pasó buscando el pecio. Para ello bastó con consultar en el Centro de Tráfico Marítimo de Finisterre los registros de su AIS, un sistema de identificación automática que envía de forma continua datos sobre la posición y velocidad de cada buque. Tengan en cuenta que el tráfico marítimo

en la zona se vigila de forma muy estricta desde el accidente del *Prestige* en 2002. Además, en Vigo existe un centro de coordinación de salvamento que controla todas las entradas y salidas a puerto.

Mientras decía esto, la analista activó su ordenador. Poco después podía verse, en el otro monitor de la pared, una imagen por satélite de las inmediaciones de la ría de Vigo, cerrada al norte por las islas Cíes y al sur por el cabo Silleiro.

—Bien —prosiguió—, pues con todo ello fue posible elaborar un mapa detallado de las actividades del buque cazatesoros. El *Aqualung* comenzó a barrer un área de cinco millas de radio al oeste de la entrada a la ría, y poco después se detuvo en este punto durante dos días —señaló con el puntero de su ordenador un lugar marcado con una flecha—, a una milla escasa al suroeste de la isla San Martín, la más meridional de las Cíes. Podría pensarse que había encontrado algo, pero continuó la búsqueda tras pasar dos jornadas en puerto. Al cabo de una semana repetía fondeo aquí —otra flecha en la fotografía—, al oeste de cabo Silleiro, a milla y media de la costa. Esta vez permaneció estacionario tres días y luego regresó a puerto, dando por concluida la operación. Dos semanas más tarde era registrada en el Ministerio de Cultura la solicitud de *Deepwater Frontier* para la extracción de la carga del *U817*, en las coordenadas del segundo fondeo.

»Aquí fue donde surgió la siguiente sospecha. El mapa de hundimientos sitúa al *U817* en estas coordenadas —el cuadradito amarillo que había mostrado Helen Scherer apareció ahora próximo a

la primera flecha—, que se corresponden bastante bien con el primer fondeo del *Aqualung*. Naturalmente, cabe la hipótesis de que el mapa de hundimientos esté equivocado y que el cazatesoros no encontrase nada allí; o que encontrase algo y se detuviese a reconocerlo hasta convencerse de que no era el *U817*. En cualquiera de los dos casos, podría haber continuado su búsqueda hasta dar con el pecio en la segunda localización.

»Ahora bien, existe una posibilidad mucho más preocupante para nosotros y para el Ministerio de Cultura. —La analista miró de reojo a Mario Estévez, que escuchaba con atención—. Estas aguas son muy ricas en yacimientos arqueológicos, muchos de ellos sin descubrir todavía. A lo largo de la historia, son decenas los buques naufragados en la zona, tanto dentro como fuera de la ría. Hay de todo: galeones, mercantes, vapores... Pero el premio gordo de los buscadores de tesoros es el *Santo Cristo de Maracaibo*, un galeón de la flota de Indias que, en 1702, los británicos cargaron tras la batalla de Rande, en el interior de la ría, con novecientas toneladas de plata procedentes del saqueo de sus presas. El *Maracaibo* se fue a pique, probablemente a causa de un defectuoso remolque, nada más salir a mar abierto. Desde entonces ha sido objetivo primordial de todo tipo de aventureros, que año tras año se dedican a merodear por la zona. Por ejemplo, en 2007 se acusó a una compañía que había pedido permiso para localizar el *François Vieljeux*, un mercante francés hundido en 1979 con cuatro mil toneladas de cobre, de haberse dedicado en realidad a buscar de forma encubierta el *Santo Cristo de*

Maracaibo.

—Una historia muy parecida a la que nos ocupa —apuntó Estévez.

Virginia Reyes se mostró cautelosa.

—Podría ser —dijo—. Sin embargo, en este caso no se ha podido demostrar que el *Aqualung* haya hecho nada fraudulento. Incluso la fiscalía de Vigo inició una investigación ante las dudas transmitidas por nosotros a Cultura, pero tuvo que ser archivada por falta de pruebas. Eso sucedió hace seis meses, y desde entonces el expediente ha seguido su tramitación normal. Como ya ha dicho el señor Estévez, Alemania ha otorgado a *Deepwater Frontier* el acuerdo para la venta del metal, y España le ha concedido el permiso de extracción.

La analista de inteligencia hizo una pausa para beber un sorbo de agua, lo que Luna aprovechó para consultar su reloj de pulsera. A estas horas, Javier ya habría llevado a Miguel al pediatra. Seguro que le había recetado un antibiótico; era lo primero que hacían todos para curarse en salud. Se preguntó si su marido se acordaría de darle las dosis a sus horas. Para eso siempre había sido un poco desastre. Suspiró, al tiempo que cruzaba una significativa mirada con Salvador Miró. Llevaban allí casi una hora y todavía no tenían la menor idea de para qué. A Joaquín Aguilera no le pasó desapercibido el gesto, por lo que se sintió obligado a intervenir.

—Señor Miró, señora Ross..., comprendo que deben encontrarse un tanto perplejos ante todo este asunto, que

aparentemente no guarda ninguna relación con ustedes. Les ruego un poco de paciencia; estamos llegando al final de la historia y enseguida comprenderán el motivo de que les hayamos invitado a asistir. —Dirigió una mirada benévola hacia las agentes—. Helen, Virginia, por favor...

Fue la primera quien tomó la palabra, en esa alternancia que con tanta facilidad parecían establecer entre ambas.

—Desde luego —asintió—. Como comprenderán, los miembros de la Inteligencia no nos conformamos con cualquier información; y mucho menos si procede de Internet, donde cualquiera puede colgar lo que le dé la gana. Nosotros tenemos la responsabilidad de ofrecer informes fiables a nuestros gobiernos, de los que a menudo dependen complejas decisiones de Estado. Por eso tenemos que acudir a las fuentes originales, comprobar los datos, contrastar su veracidad... Solo así podemos estar seguros de haber hecho todo lo que está en nuestra mano.

»Algo de esto ocurrió con el asunto del *U817*. Aparentemente el caso estaba encarrilado, resuelto a satisfacción de todas las partes. Sin embargo, lejos de conformarse con ello, nuestro Servicio de Inteligencia continuó indagando. ¿Doscientas cincuenta toneladas de níquel? Podía ser, pero seguíamos desconfiando de las intenciones de *Deepwater Frontier*, algo que compartíamos con nuestros colegas españoles.

»La cuestión para nosotros era averiguar si en el segundo fondeo del *Aqualung* podía haber un pecio de mayor valor; algo que

no sería extraño, dado el tráfico de sumergibles que hubo durante la guerra en la ría. Tengan en cuenta que los nazis mantuvieron en los puertos de Ferrol y Vigo algunos buques listos para aprovisionar a los *U-boote* que, durante sus patrullas por el Atlántico o en tránsito hacia el Mediterráneo, pudiesen necesitarlo. A pesar de las continuas protestas aliadas, el régimen franquista miraba hacia otro lado cada vez que un sumergible entraba en la ría con nocturnidad y se abastecía de petróleo, aceite, agua potable y víveres. Para 1942 los británicos, que hasta entonces habían priorizado el mantenimiento de la neutralidad de Franco en el conflicto sobre cualquier otra consideración, estaban hartos de las débiles excusas españolas y ya no se recataban en realizar misiones de reconocimiento aéreo sobre los puertos peninsulares. También multiplicaron las patrullas sobre la costa gallega, puesto que doblar el cabo Finisterre era el camino más corto para los *U-boote* que regresaban del Atlántico sur hacia sus bases de Francia. Con todo ello, fueron numerosos los ataques a submarinos en la zona, algunos de los cuales resultaron hundidos.

»Así que se realizó una exhaustiva investigación en el *Bundesarchiv* de todo el material disponible sobre los *U-boote* que no se hallan registrados en los mapas de hundimientos: desde los *Kriegstagebücher* de a bordo, los diarios de guerra que se entregaban en las respectivas bases después de cada patrulla, hasta los *Kriegstagebücher* del Mando de los Submarinos, los diarios que Karl Dönitz hacía recopilar y en los que se registraban las posiciones de los buques, los informes de movimientos y actividades aliadas, los

hundimientos, las pérdidas propias, etcétera. No obstante, no fue de ahí de donde salió finalmente la información que ha venido a confirmar nuestras sospechas, sino de los archivos operacionales de la *US Navy*, a los que también accedimos. En ellos se encuentra documentado el ataque de un bombardero *B24 Liberator* a un *U-boot* alemán no identificado frente al cabo Silleiro. El informe del comandante de la aeronave da por perdido el buque con toda su tripulación... aquí. —Helen Scherer señaló con su cursor el lugar exacto de la costa donde se hallaba marcado el segundo fondeo del *Aqualung*—. ¿Qué coincidencia, verdad?

—Esto sucedía al amanecer del 6 de noviembre de 1944 —apuntó Virginia Reyes—. Investigando en las hemerotecas a partir de ese dato, hemos corroborado que la prensa local recogía el avistamiento de un submarino por parte de un pesquero justo la tarde anterior, unas millas más al norte.

—¿Y se sabe cuál podía ser este otro buque? —inquirió Luna.

—Con la fecha del hundimiento fue relativamente fácil rebobinar hacia atrás —respondió Helen Scherer—. Los *Kriegstagebücher* del Mando de los Submarinos recogen la partida del *U1270* de Kiel tres semanas antes, concretamente el dieciséis de octubre, y sus sucesivas posiciones notificadas, que le llevaron por esta ruta. —La agente manipuló la vista del globo terráqueo hasta abarcar toda la parte occidental de Europa, para luego trazar con el cursor una curva que rodeó las Islas Británicas y descendió hacia el noroeste de la Península Ibérica—. El último contacto con la base se

produjo a la altura del cabo Finisterre, el cuatro de noviembre. No hubo más, y el *UI270* acabó siendo dado de baja en el registro de la *Ubootswaffe*. Así que no es difícil imaginar cuál fue su final.

Todos guardaron silencio unos instantes, como si el dramático destino de aquellos hombres les hubiese sobrecogido el ánimo. O simplemente para tratar de ordenar sus ideas, como hizo Luna cuando habló en primer lugar.

—A ver, a ver..., que yo me aclare: tenemos el *U817*, un Tipo IXC hundido en marzo del 43 en el punto A; y el *UI270*, hundido en noviembre del 44 en el punto B. Por cierto, ¿de qué clase era este último?

—Era del tipo IXC/40 —respondió la agente del BND—; prácticamente idéntico al *817*, pero con ligeras modificaciones que le permitían cargar más de combustible.

—Bien —prosiguió Luna—. Entonces el *Aqualung* se detiene primero en el punto A, y días después lo hace en el B; no sabemos si en una secuencia intencionada o fortuita. Sin embargo, más tarde presenta una solicitud para la extracción de doscientas y pico toneladas de níquel, la carga del *U817*, en el punto B. ¿Qué sentido tiene eso?

Salvador Miró se encogió de hombros. Él no veía la necesidad de buscarle tres pies al gato.

—Normalmente la explicación más sencilla suele ser la buena —dijo—. A mí me sugiere que no encontraron nada en el punto A y continuaron buscando hasta dar con el *UI270* en el B. Lo habrán

confundido con el *U817* y pretenden extraer el níquel del barco equivocado.

Virginia Reyes negó con la cabeza.

—Pero han buceado el pecio, sin duda —argumentó—. Tienen que haber comprobado que lo que buscan está ahí abajo. Una operación como la que pretenden realizar cuesta demasiado dinero como para arriesgarse a meter la pata.

—Entonces —intervino Luna—, asumiendo que el níquel difícilmente justificaría esos costes, ¿qué es lo que buscan en el *U1270*, en realidad?

Los ojos de Helen Scherer relampaguearon con entusiasmo. Luna percibió que aquella investigación le había supuesto un gran esfuerzo y que ahora estaba disfrutando con el resultado. Entonces tuvo la certeza de que lo mejor estaba por venir. La alemana levantó las palmas de las manos en demanda de paciencia y luego mostró en el monitor la imagen de una cuartilla escaneada. Se trataba de un documento mecanografiado que ostentaba impresa, en su esquina superior izquierda, un águila con las alas desplegadas y sujetando entre sus garras una corona de hojas de roble con una cruz gamada en el centro.

—No lo sabemos todavía —dijo—, pero hay un último dato a tener en cuenta: hace un par de semanas hemos encontrado esta orden secreta del *Oberkommando der Marine*, el Alto Mando de la Marina. Está fechada el 4 de septiembre de 1944 y firmada por el Jefe de Estado Mayor del Mando de los Submarinos, el

contralmirante Ernst Kratzenberg. En ella se ordena al *Fregattenkapitän* Bernhard Ritter presentarse en la base de Kiel para asumir el mando de un *U-boot*. Allí se le darían instrucciones adicionales sobre su misión: realizar un transporte con destino a Vigo, España. La orden no ofrece ninguna pista sobre qué es lo que debía transportar Ritter; pero está claro que la Marina tenía un gran interés en que llegase a su destino.

—¿No dice cuál era el submarino asignado a la misión? — preguntó Luna.

—Por desgracia, no; pero, con todo lo dicho anteriormente, no nos cabe ninguna duda de que se trata del *U1270*.

—Entonces, si lo he entendido bien, ustedes piensan que el níquel del *U817* no es más que una tapadera; y que, en realidad, los cazatesoros persiguen la carga del *U1270*. Una carga secreta.

Virginia Reyes y Helen Scherer intercambiaron una mirada breve, pero significativa. La primera asintió, y la segunda afirmó con voz segura.

—Así es.

Salvador Miró, a quien toda la historia le parecía un tanto rocambolesca, todavía trataba de buscar algún resquicio de duda.

—Pero para conocer todo eso, *Deepwater Frontier* tendría que haber tenido acceso a la misma información que ustedes, ¿no es cierto?

—Por supuesto. Los archivos históricos consultados en Alemania están abiertos a los investigadores; al igual que aquí, en

España.

Mario Estévez, que se había mantenido al margen desde su intervención inicial, parecía perplejo ante las novedades aportadas por Helen Scherer. Abrió la boca para hablar, la cerró sin saber muy bien qué decir, se aclaró la garganta y, finalmente, la abrió de nuevo.

—Eso es cierto. Los cazatesoros solo necesitan revestirse de un ligero barniz de historiadores o arqueólogos para acceder a los archivos. Hace falta mucha paciencia y saber lo que se busca, pero no hay ningún motivo para que no lo hayan hecho, desde luego.

Luna se había percatado de la creciente preocupación que atenazaba el semblante del representante de Cultura. No era para menos, pues todo lo que estaba escuchando amenazaba con crear serios problemas a su departamento. La fotógrafa estaba cada vez más intrigada por saber en qué iba a desembocar todo aquello.

Salvador Miró, a quien también había hecho mella la curiosidad, intervino.

—En ese caso, es de suponer que también conocen la naturaleza de la carga del *U1270*. Si no, ¿por qué iban a buscarlo?

—Eso mismo pensamos nosotros —respondió la agente del BND—. Debe existir algún documento que lo atestigüe. Probablemente en los archivos de guerra, pero hasta ahora no hemos sido capaces de localizarlo.

Se hizo un breve silencio en la sala, roto tan solo por el débil zumbido de los ordenadores portátiles. Por lo visto, aquello era todo lo que las agentes de inteligencia tenían que contar. Luna Ross

observó a Joaquín Aguilera. El director técnico permanecía callado, al parecer dando tiempo a sus invitados para que asimilaran la información recibida. En realidad, a ella tan solo le quedaba una pregunta por hacer, pero Salvador Miró se le adelantó. El veterano ejecutivo, que había asistido paciente a toda la exposición del caso *Deepwater* e incluso había disfrutado —medio interesado, medio divertido— con la intriga, parecía ahora decidido a ir directo al grano. Su voz sonó igual de cortés que hasta entonces, pero más solemne, más firme, dando a entender que ya no iba a aceptar más dilaciones.

—Don Joaquín, ¿puede decirnos de una vez qué es lo que desean de nosotros?

Aguilera se incorporó apoyando los codos sobre la mesa y entrecruzando las manos bajo su barbilla. Antes de responder asintió ligeramente con la cabeza, como si compartiera con su invitado la opinión de que había llegado el momento de explicarse.

—Queremos que su grupo editorial negocie con *Deepwater Frontier* la realización de un reportaje sobre su próxima operación subacuática en la ría de Vigo. Un reportaje para la revista *Underwater Archaeology*, de su filial británica. Y queremos que la señora Ross lleve a cabo la parte gráfica de dicho reportaje —miró fijamente a la fotógrafa, dispuesto a no perder detalle de su reacción—. Queremos que baje usted a ese submarino, señora Ross; y que, si en efecto se trata del *U1270*, averigüe qué es lo que se oculta en él, antes de que la *Deepwater* lo haga desaparecer y le dé

cambiazó al gobierno alemán por unas cuantas toneladas de níquel.

Continúa.

*Para seguir leyendo, adquiere el libro completo
en las librerías digitales más conocidas.
Para más información sobre el autor y sus libros,
visita www.rbscandelas.es*